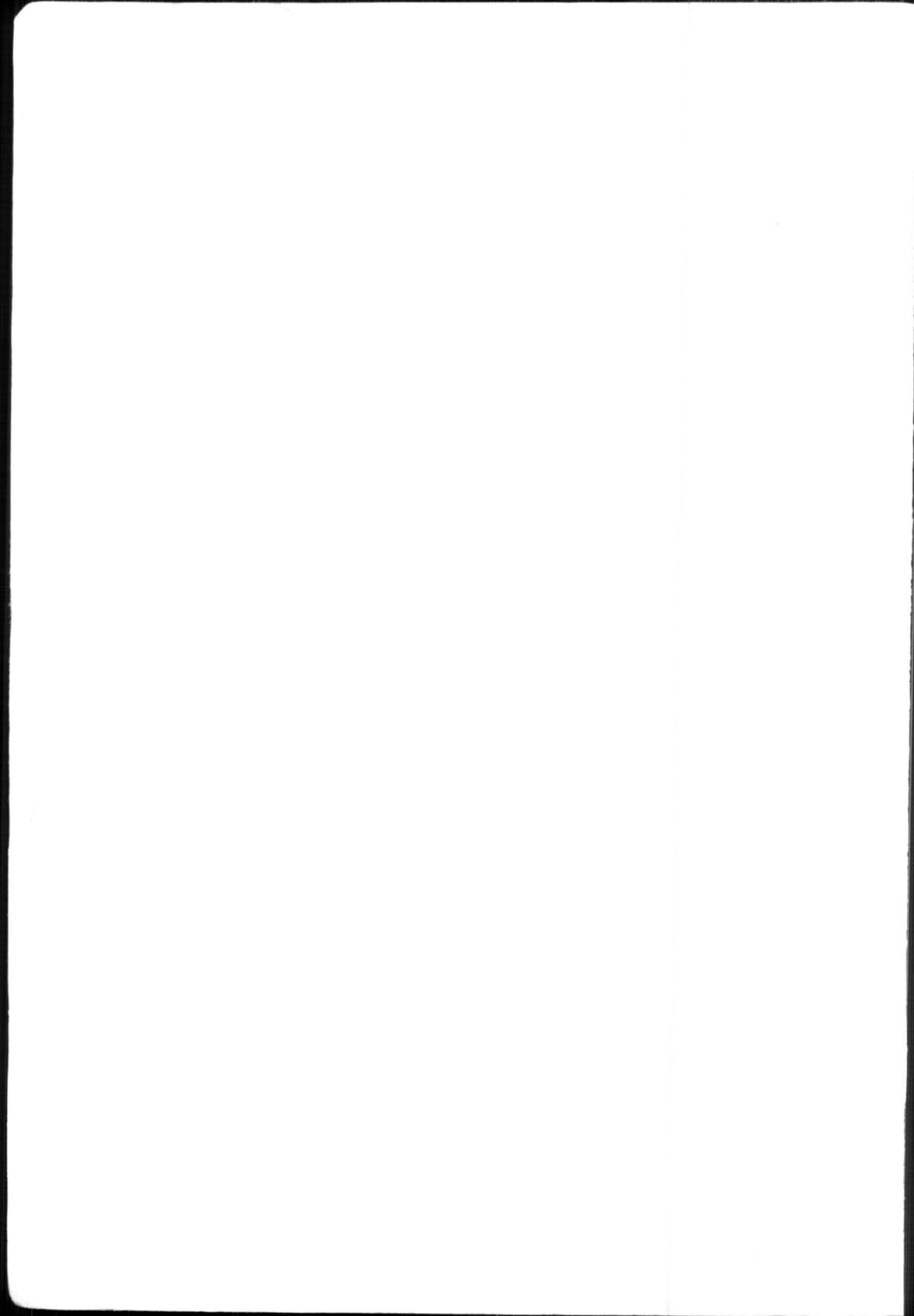


Alacena de Cuentos



Juana Meléndez

Alacena de Cuentos

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

1992

BRIS



SISTEMA DE
BIBLIOTECAS
U. A. S. L. P.

FAB-2920-91
92

M 863.44
M4A4

0282-92037-A0044
ISBN-968-6194-51-7

Editorial Universitaria Potosina

El Angelito

— Caray—, dice Pedro, que ya estaba fastidiándose con el continuo lloriqueo de la muchacha que, él y Eduardo, acababan de encontrar en la calle.

— Cálmate, todo se arreglará.

Pero la muchacha sigue llorando, se detiene y se pone a reír histérica y luego vuelve a llorar.

— Todo se arreglará, repite Pedro, muchacho enteco, de piel terrosa y ojos de pescado, que se había acostado con ella. Pero ahora sentía náusea y, lo único que deseaba era alejarse. Dice que se va pero su amigo lo detiene.

— Espérate: Vamos a ver, deja que nos explique la Matilde lo que ha pasado. Dinos cómo está eso.

— Pues dicen que no me dan a mi angelito hasta que lleve un ataúd. Estuve en el Hospital y el niño nació muerto, antes de tiempo. Y allí lo tienen en la plancha, pudriéndose. Dicen que ellos no entierran.

— Eso no es posible—, protesta Eduardo, no es humano.

— Pues eso me han dicho, que me muera si no— jura la muchacha entre lágrimas e hipos.

A Eduardo la materia no le importa, al fin y al cabo, todos

terminamos por pudrirnos pero, eso sí, los muertos deben ser enterrados. Vamos por partes, dice, y no alborotes tanto.

— Pero si ya te dije que el hospital no entierra y mi angelito lleva dos días allí. Hoy me dieron de alta y no he podido conseguir dinero.

La muchacha no cesa de llorar. Pedro maldice entre dientes la hora en que la encontraron. Eduardo trata de calmarla y pide que se explique.

— A ver, vamos por partes; ¿Quién es el padre del crío?, ¿quién fue el fulano?

— ¿Y cómo quieres que lo sepa? Todos los hombres son iguales, sólo quieren a las mujeres para escupir en ellas, sin importarles nada. Puede ser José o Pedro. ¡Yo que sé! Ni me importa.

— ¿Has oído, Pedro? ese niño puede ser tuyo y está allí pudriéndose. ¿Entiendes? TUYO.

El rostro ceniciento de Pedro se pone ahora de un verde sapo, escupe por el colmillo y, entre rabioso y orgulloso, responde:

— No fastidies. Pero luego se vuelve a la Chica:

— Tú que dices, ¿lo crees? ¿Admites es pequeña posibilidad de que es mío?

Ella tuerce la boca y luego responde: Todos son unos cochinos.

Eduardo interviene:

— Pedro, hay algo de ustedes dos que está allí pudriéndose.

La muchacha eleva el llanto y Eduardo ordena:

— Cállate, ¿no ves que estamos en la calle? Por aquí hay puras cantinas y nos llevarán a bote si sigues gritando. El mal ya está hecho y ese angelito debe ser enterrado, aunque sea en una caja de cartón y aunque sea tu hijo.

Dice esto último dirigiéndose a Pedro quien ensimismado repite:

— ¿Mío? Puede ser. Se admite esa posibilidad.

La muchacha le contesta a Eduardo:

— Pero si ya lo intenté. Cuando salí del Hospital me fui derecho a conseguir una caja de cartón a una tienda y la llevé, pero me dijeron que no, que debo de llevar un ataúd, de lo contrario allí se quedará para que los estudiantes lo hagan pedazos. Ay, ay, mi pobre angelito. . .

— Pues tendremos que comprar un ataúd —, dice Pedro, al tiempo que se pasa la mano por la cabeza, como alizándose el pelo o limpiándose el sudor.

La noche es calurosa. Luego se acerca a Pedro y frente a frente y un tanto malhumorado, le dice:

— Haz a un lado tu orgullo y apoquina para enterrar a esa podredumbre venida de tí y de la Matilde. Entierra a tu muertito.

En el reloj de la iglesia cercana acaban de sonar dos campanadas. Los muchachos siguen discutiendo. Pedro se niega a pagar la caja porque alega que no tiene dinero suficiente. Pero, a ver, ¿cuánto cuesta un ataúd? Ninguno lo sabe. Lo mejor es irse a informar y los tres se dirijen rumbo a la funeraria. La muchacha no deja de lloriquear, Pedro camina silencioso y

Eduardo, de vez en cuando, mueve su cabezota de un lado a otro y murmura enigmáticas palabras, sobre el destino y el espíritu.

Llegan a la funeraria, la puerta está abierta y penetran, Pedro se dirige al encargado:

— Quiero un ataúd chiquito y barato porque soy pobre.

— Pase a recogerlo.

— ¿El más barato eh?, insiste Pedro dirigiéndose hasta donde están en exhibición las cajitas para niños.

Al cabo de un rato salen los tres, Pedro por delante, orgulloso, con el pequeño ataúd de un blanco amarillento y sin adorno. El ha pagado y les va diciendo:

— Admiten la posibilidad de que es mío, ¿verdad? Y si es mío, yo entierro a mis muertos.

Ya tienen el ataúd. Son más de las tres de la mañana y, como la hora no es propia para recoger el cadáver, deciden esperar en el parque de enfrente al hospital, hasta que el sol salga. La muchacha sigue sollozando, pero ahora con un llanto apacible. Se sientan en una banca. La chica está agotada y pronto se queda dormida con la cabeza doblada sobre los brazos cruzados que se apoyan en la cajita que retiene en su regazo.

Pedro y Eduardo permanecen mudos, dándole vuelta a sus pensamientos que se pierden entre las sombras del gris sucio que los envuelve. El silencio de la noche se capta limpiamente, sólo una vez lo rompen los gruñidos de unos perros que se detienen a pelear junto a la reja del hospital, luego se alejan, arrastrando la noche.

Paulatinamente las copas de los árboles empiezan a ser acariciadas por la luz del amanecer y surge la espesura de los muros

y techumbres. Por la avenida, llena de claroscuros, los faros del autobús, que inicia su recorrido, parecen dos soles sin fuerza.

Creo que ya es hora, dice Eduardo, al levantarse de la banca para ir a orinar detrás de un árbol. Cuando regresa se dirige a Pedro:

— Despiértala para que vaya a recoger a su angelito. Nosotros la esperaremos en la puerta y a ver si por allí hay quien nos venda un café o de perdida un refresco.

El tiempo transcurre y la Matilde, que piensan ellos ya debería estar de regreso, no sale. Los muchachos muestran en su cara, cargada de sueño, su fatiga y nerviosismo.

— Creo que no debimos dejarla sola. Habrá que ir a buscarla. Ve tú, dijo Eduardo. Pedro asiente y ya se encamina, cuando la muchacha aparece con la cajita entre los brazos y llorando desesperadamente.

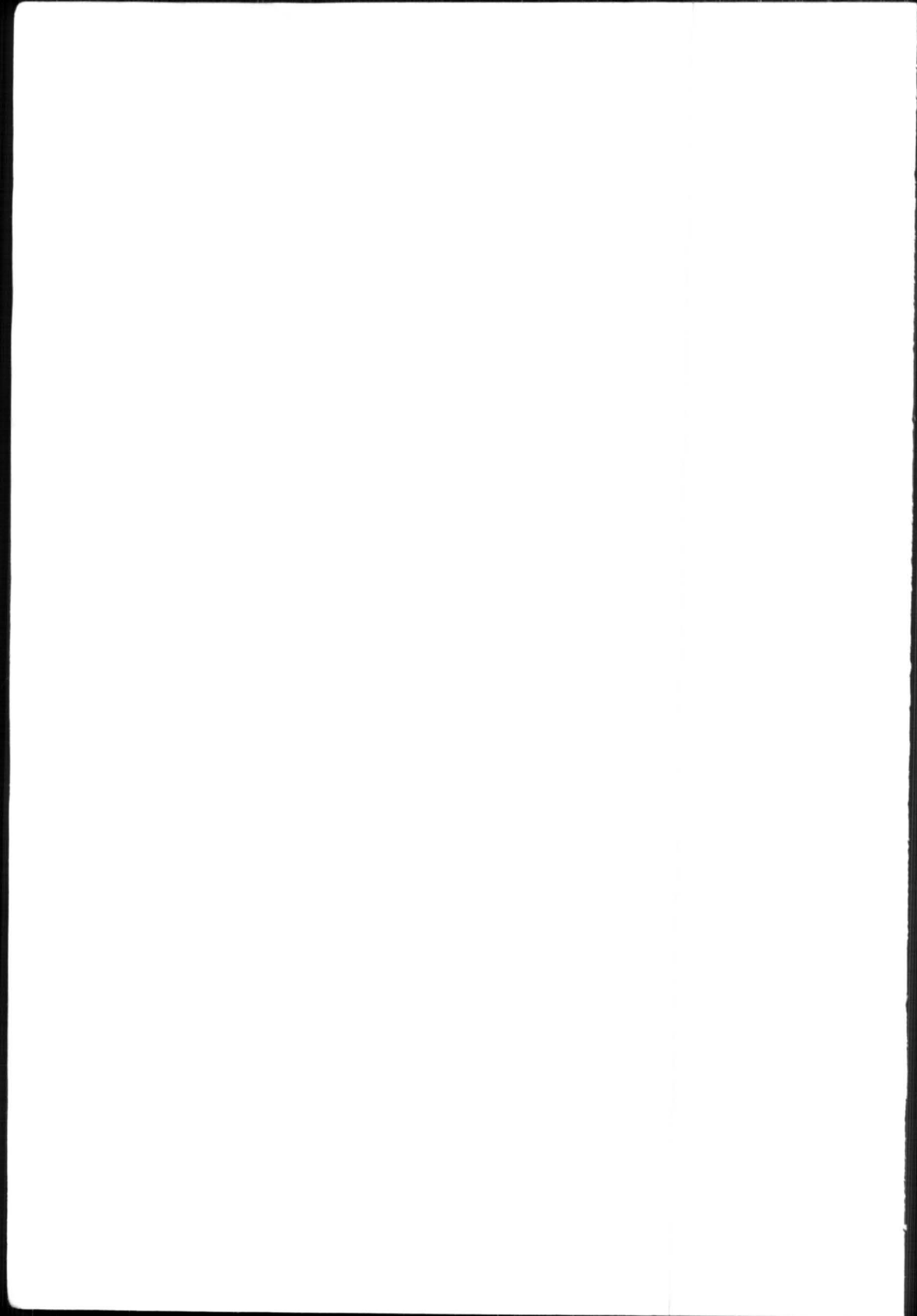
— Y ahora, tú por qué lloras si ya vamos a enterrar a tu muertito.

— Ay, quisiera que mejor fuera de noche.

— ¿Y qué cambiaría con eso? ¿Por qué lo dices?

La muchacha apenas si puede contestar:

— Es que no traigo nada, el cadáver desapareció. Ellos creen que los perros se lo llevaron anoche. Ay, mi niño, mi pobre angelito. . .



Gaviota

Caminaba lentamente por el Paseo de los Ingleses, en Niza, cuando ví que, el hombre que venía en dirección contraria, se parecía a mi amigo Jorge Rubio, a quien hacía más o menos cinco años no veía, ni sabía nada de él. Pensé que estaba equivocado pero, al estar próximos nos reconocimos, recibiéndonos con un fuerte abrazo, producto de esa alegría que uno siente al encontrarse con un amigo en tierra extraña.

Tras las preguntas de ritual: qué es de tu vida, qué haces por acá, de común acuerdo nos dirigimos a un bar cercano para continuar la charla. Ya sentados y, tras ordenar una botella de vino, pude observar que su rostro, antes sonrosado, se veía pálido y ajado, hasta sus ojos me hicieron pensar en un agua próxima a caer en gotas. No hice ningún comentario sobre su físico y comencé a hablarle de mí, de la rutina de pasar de una embajada a otra y no tener en mi vida más novedad que una nena nacida después de cinco años de matrimonio con Felisa, la compañera que me ayuda a espigar los años y a quien ya él conocía. Como ves, terminé diciéndole, nada extraordinario. Ahora cuenta, qué es de tu vida.

— Pues verás, nuestro encuentro de hoy no lo encuadro sino en la categoría del azar que ha tenido un papel turbador en mi vida. Reconozco que la palabra “azar” está sobredeterminada, pero hay cosas que uno no puede o no quiere explicarlo de otra manera. No sé, esto me atormenta. Perdona, estoy empezando por donde debería terminar. Y es que en el curso de mi vida jamás había hablado de mis cosas íntimas, por recato, tal vez,

o por temor de que las palabras resulten insuficientes para expresar lo que ha sido mi felicidad o mi desgracia. Hoy hago una excepción y voy a contarte lo que me ha pasado. Como sabes, me gusta mucho el mar, tanto que hasta he pensado que tengo con él una relación de amantes. En uno de mis frecuentes viajes me dirigí a una playa del Adriático poco frecuentada por el turismo. El último día de mi estancia, se me antojó recorrerla, alejarme de lugares concurridos para poder disfrutar del paisaje. El sol apenas empezaba a teñir las nubes y ya me disponía a regresar al hotel, cuando ví que algo muy brillante se movía por encima de una roca. Por curiosidad me dirigí al pequeño promontorio y al llegar me dí cuenta que era algo que estaba del otro lado y procedí a rodear la roca. Fue entonces que ví, con sorpresa, que era una mujer que jugaba a sortear conchitas y piedrecillas desperdigadas en la arena de aquella pequeña bahía de traslúcidas aguas. Sus pies descalzos saltaban graciosamente como si brincaran la cuerda. Comprendí que lo que había visto que se movía, era su espléndida cabellera rubia que flotaba y al saltar los rayos del sol la untaban de oro.

Aquella mujer era muy bella. Vestía un bikini rojo sobre su carne dispuesta en pura geometría. Unas gaviotas revoloteaban cerca de ella y al sentirme se alejaron un poco. Me acerqué saludando. Te confieso que me impactó, era tan atractiva, tan hermosa, pero dando una salida relajante a mis sensaciones provocadas por su presencia, inicié la conversación:

— Parece que las gaviotas no quieren abandonarla, y es que usted es un agasajo para los ojos y, como yo, lo reciben con júbilo.

Ella al oírme suspendió su juego y me miró sonriendo, lo que me animó a seguir hablando, la invité a nadar, aceptó pero advirtiéndome que no sabía hacerlo bien, razón por la cual se alejó hasta ese lugar apartado para practicar. Le ofrecí ayuda y penetramos al agua donde me pareció Afrodita en una concha de espuma. Le puse la mano bajo el vientre para que flotara y du-

rante la práctica fuí palpando poco a poco sus túrgidas formas. Mi mástil levantó su tienda, pues la ondulante sirena frecuentemente lo rozaba con sus muslos. No pude más y la aprisioné entre mis brazos y besé goloso sus labios carnosos y salados, su cuello, sus senos.

No opuso resistencia, todo lo contrario, correspondió y fue mía. Después al preguntarle su nombre, respondió:

— El nombre no importa, sino el amor. Pero llámame Gaviota.

— ¿Vives en el pueblo o te hospedas en un hotel?

— Sí, estoy en el Flamingo, ¿y tú?

— En el mismo, cuarto número 333, fácil de recordar. Lo que me sorprende es no haberte visto antes, una mujer como tú no pasa desapercibida.

La levanté de nuestro lecho de arena a la vez que le decía: vámonos, ya empieza a oscurecer y estamos retirados del hotel. Ella se negó a ir conmigo, no obstante que alegué sobre la soledad del paraje.

— ¿Por qué no quieres que te acompañe, acaso temes que nos vean juntos? Sí es así, iré a distancia, detrás de tí.

— No me preguntes nada, conozco el camino. Vete y después hablaremos, te prometo ir a tu habitación, espérame, allí estaré a las nueve.

Con tal promesa y el deseo de volver a ser manta para su desnudez, me alejé rumbo al hotel, pensando en ella. Imagínate mi entusiasmo. Tu sabes que he tenido muchos amoríos, pero ella me produjo un sentimiento de ternura, a la vez que de placer supremo y hasta de vanidad de macho lo cual conmovió mi ser.

A las nueve en punto apareció en mi cuarto. No sé cómo, pero de repente la ví cruzando el umbral de la puerta que había dejado entornada. Vestía una túnica azul mar, de fina textura, ceñida con un cinturón con escamas plateadas. Estaba divina como una diosa. Al caminar su larga falda se irisaba como sus azules ojos, inmensos y profundos. Me extendió sus manos que besé con delicadeza, luego la abracé y me posesioné de su boca con pasión. Ella era la belleza, el amor, todo eso que el hombre persigue, y estaba allí ofreciéndose en la forma más natural. Así era ella, natural y vehemente, dulce y apasionada, misteriosa, pura y experta. No sé, pero esa noche amé como nunca. Fue una noche exquisita, inolvidable.

Por lo que conversamos deduje que era una mujer con amplios conocimientos, sobre todo de lo clásico griego. Pero cuantas veces insistí en saber quién era, siempre contestaba lo mismo; llámame Amor o Gaviota y me sellaba los labios con ardientes besos.

En la madrugada se desprendió de mis brazos para irse. Le rogué que se quedara más tiempo o para siempre a mi lado. Nada logré, sólo la promesa de regresar en la noche. Y con esa esperanza me quedé en la cama pues no quiso que la acompañara. Me dormí no sé a qué hora, envuelto en su perfume mezcla de ámbar, yodo y algas. Desperté hasta que oí a la recamarera abrir la puerta.

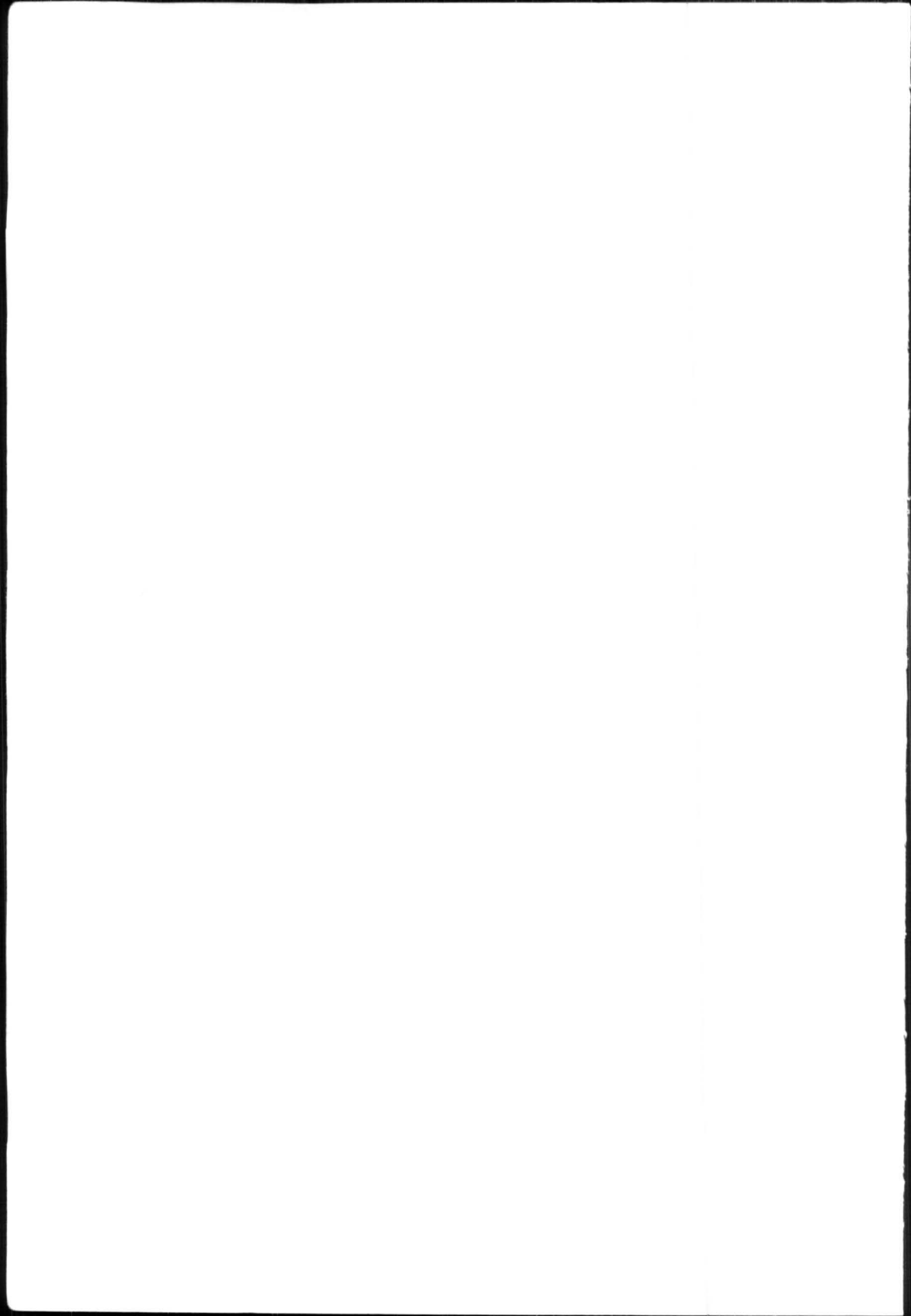
Después del baño me vestí para ir al comedor, esperando verla, pero nada. Cancelé mi boleto de avión, di un paseo por la playa y regresé al hotel dispuesto a preparar el ambiente para mi misteriosa Gaviota. A las ocho de la noche ya tenía todo listo, champaña, bocadillos, flores e incluso un prendedor de oro, perlas y nácar que se me ocurrió comprar en la tienda de artesanías. Minutos antes de las nueve, entreabrí la puerta y permanecí al frente para verla llegar.

A las diez empecé a dar vueltas de un lado a otro de la habi-

tación, a las once mi inquietud era mucha y destapé la primera botella; a las dos de la mañana ya no quedaba nada de vino y mi esperanza se esfumaba. Como comprenderás, no pude dormir, me la pasé conjeturando y a cada instante me preguntaba: ¿por qué no cumplió su promesa? hasta llegué a pensar que algo malo le habría sucedido.

Una semana permanecí buscándola por todo el pueblo, les hice un retrato hablado de ella, pero nadie la había visto, ni sabía nada, no tuve más que regresar a la ciudad. Por tres años seguí visitando aquella playa y también la busqué en otras. Todo ha sido en vano.

Yo mismo me pregunto: ¿Cómo pudo ejercer en mi tal fascinación y tanto amor en tan poco tiempo? Lo ignoro. Aquella misteriosa desconocida fue el amor de un día que se ha convertido en toda una vida de desesperación. Porque ¿sabes?, desde entonces, siempre que estoy con una mujer, ella está mirándome con sus hermosos ojos de reflejos dorados y sonriendo. Entonces me dejo envolver en sus brazos que tienen el calor de la arena y a mis oídos llega un tenue rumor de olas. Yo quedo inmóvil, seco, con los ojos metidos en el agua.



La noche ya era de día

El tren traquetea brioso sobre el puente de fierro. Paula mira al través del cristal de la ventanilla. Divisa luces, como manchas doradas sobre el fondo oscuro de la ciudad. Ya estamos llegando — pensó — y se dijo: pronto estaré a su lado, pero ¿si sucediera lo mismo?

Durante el tiempo que Paula permaneció lejos de su marido, estuvo tratando de explicarse los motivos; todo había sido tan apresurado, tan sin razón, tan oscuro, que ya no pudo ver mas que el paisaje de un amor que tal vez podía borrarse con una goma.

Tres meses habían transcurrido desde la última carta, o más bien la única que le enviara Luis, diciéndole que regresara porque necesitaba su firma para adquirir la nueva residencia de su querida esposa, al leer aquello de “querida”, sus hermosos ojos, pero tristes, se le nublaron, no podía olvidar y recuerdos y preguntas se apoderaron de su mente.

“Mira que haberme casado contigo, Luis, cuando apenas tenía diecisiete años y tú treinta. Pero te amé desde el día que me besaste. Jamás volví a sentir lo mismo; era el primer beso, la primera emoción que hizo sentirme mujer al ensalivarme mis labios vírgenes. Te amé desde ese instante, Luis, pero no se si todavía te amo”.

El le había dicho que quería casarse pronto porque lo en-

viaban a otra ciudad para desempeñar un cargo de importancia. Era la oportunidad esperada desde el otro sexenio. No le importaba que ella no supiera hacer nada, ya aprendería a llevar su casa. Y le habló y le habló y le hizo tantas promesas que terminó por aceptar. Ni siquiera pensó en la diferencia de edades, ni en su nula experiencia de la vida. Luis era apuesto pero, sobre todo, era el amor que tanta falta le hacía desde niña. Hija única de padres divorciados que no volvieron a acordarse de ella, desde que fue entregada a la abuela quien, a veces se emborrachaba, se tornaba violenta y la dejaba sin comer. Además, salvo la estancia en la escuela, casi siempre estaba sola en aquel viejo caserón. Muchas veces, al regresar por las tardes, se sentía presa de un desasosiego que la hacía arrinconarse, para llorar, en uno de los cuartos vacíos, el más lejano para que la abuela no oyera y le preguntara el por qué de sus lágrimas. Ella misma no lo sabía.

La abuela no la dejaba ir a jugar con las niñas del barrio, sus vecinas. Fue al cursar la Preparatoria, cuando empezó a sentirse menos solitaria y pudo escapar de la vigilancia y divertirse con sus compañeras. En pocas ocasiones se le permitió ir a una fiesta. En una de ellas conoció a Luis.

El tren ya estaba entrando al patio. Paula prepara sus maletas. La excitación del regreso no la deja tranquila. Se arregla el pelo y el rostro frente al espejo del pequeño camerín y contempla el rosa de sus mejillas y el carmín de los labios que han cubierto su palidez. Sus oscuros y grandes ojos se entrecierran, pues la memoria vuelve a las cosas pasadas que eran como una larga noche suspendida, o como una piedra negra que la luz no quiebra.

Aquello sucedió cuando habían transcurrido un poco más de dos años de haber contraído matrimonio. Esa tarde fue a la casa de su amiga, la vecina de enfrente, una señora mayor que le mostraba ternura y visitaba, una o dos veces por semana, para conversar mientras tejía. Cuando empezó a oscurecer, Paula se despidió porque no quería que Luis llegara y ella no estuviera en la casa, aunque últimamente él no iba en el día y casi siempre

llegaba muy tarde con la misma disculpa: el trabajo, los compromisos políticos, la cena con el gobernador o la comida con el jefe de la zona militar, ya que preparaba su campaña para diputado. Por eso Paula le hacía un agujerito a su soledad yendo con su amiga.

Al entrar a su casa, lo primero que vió fue a su marido parado en el vestíbulo, frente a la puerta de la calle, la joven notó que a Luis se le habían acentuado las arrugas del entrecejo y comprendió su enojo por el tono restallante con que le preguntó:

— ¿De dónde diablos vienes?

— De con doña María la vecina de enfrente.

— ¿Y desde cuándo andas metida en las casas ajenas? Bien sabes que te lo he prohibido.

— Es que me siento muy sola, nada más salgo al “Super” una vez a la semana tú ya no me llevas a ningún lado, casi nunca estás en casa y nadie me visita.

— Y cómo quieres tener visitas si no sabes atenderlas, ni conducirte como una dama.

Paula se sintió profundamente lastimada y a la vez sorprendida. Ella nunca le había faltado. Por un instante vacila, pero su voz es firme al contestar:

— Eso quiere decir que te avergüenzas de mí, que soy un estorbo.

— Pues si quieres saber la verdad, sí. Me avergüenzo de tener una mujer tan estúpida que ni siquiera ha aprendido a vestir con elegancia.

Paula sintió que iba a llorar. Se clavó las uñas en las palmas

de las manos, pero no pudo contestarle, pues quedó envuelta en la pereza interior que da la desesperación y el dolor. Luis aprovechó el silencio y salió a la calle dando un portazo. Paula se dirigió a la alcoba, y ensimismada se detuvo junto a la ventana, frente a la noche, a la fronda oscura del jardín.

No supo a qué hora se fue a la cama, ni cómo ni cuando logró dormirse. Cuando despertó, Luis no estaba en la recámara, pero oyó el ruido del agua en el baño. Se sentía triste. No quiso mirar a su marido, ni contestarle cuando, al salir éste, se acercó a la cama para decirle: "Ayer los dos nos alteramos. Creo que lo mejor, para ambos, es que vayas a pasar una temporada de descanso al lado de tu abuela. Arregla tus cosas y en la noche te llevaré a la estación."

Ella no contestó, se quedó inmóvil y empezaron a mojar su almohada sus ardientes lágrimas. Mucho después de que él se fue, ya un poco calmada, se levantó de la cama diciéndose: "tal vez sea mejor así". y comenzó a hacer su equipaje.

El tren se detiene, Paula toma su maleta, se dirige hacia la salida y piensa: "Ojalá esté Luis esperándome, pero no, imposible". Ella no había contestado la carta y durante los meses que estuvo alejada teniendo como única experiencia el fracaso, sólo tuvo capacidad para sufrir. Aquellas palabras punzaban corazón y memoria. Reconocía que no vestía con elegancia, pero no era ignorante, además él nunca se mostró espléndido, ni intentó relacionarla con el círculo de gentes donde ahora se movía sólo él, porque ni una sola vez le dijo: "quieres ir o acompáñame a tal o cual reunión". Por eso, por más que pensaba, no encontraba motivos, algo que le aclarara la actitud de su esposo, el por qué del cambio seguía en su mente como una noche cruda y brumosa.

Cuando consideró la posibilidad de seguir sus estudios se lo comunicó a su abuela pero ésta insistió en que su deber era regresar con su marido para aclarar su situación y, si no se

entendían pedirle el divorcio. Paula comprendió que tenía razón, tal vez podrían volver a empezar aunque se dijo: "aún no conozco el olvido".

Paula va caminando, se siente extraña, solitaria, sin embargo el ruido de los trenes, el bullicio de la gente que va y viene, es igual al de aquel día cuando se alejó de la ciudad, tal vez en el mismo tren que la acaba de dejar, y que se fue sobre los rieles estremeciéndose, como si sintiera el peso del dolor que ella cargaba, pues nunca se había sentido tan sola y angustiada.

Su esbelto cuerpo se detiene en la puerta del edificio del Ferrocarril, mira su reloj, las nueve y media de la noche. ¿Qué hacer? ¿Ir a un hotel o directamente a la casa? Conservaba la llave, nunca se le ocurrió desprenderla de su llavero, quizá por ser un recuerdo de los días felices de recién casados, cuando llegaron a una ciudad, desconocida y lejana, para formar su hogar. Con cuánta ilusión comenzó a arreglarla, aunque, a decir verdad, ella nunca compró un mueble. Era Luis el que compraba sin consultarla y ella los acomodaba a su gusto. Fue él quien contrató a la sirvienta y poco a poco fue aprendiendo a cocinar. Todo le parecía bien, se sentía feliz, tenía una bonita casa con jardín, un marido que amaba y que cada día era más importante, ya tenía automóvil y hacía fortuna. A su mujer le entregaba una cantidad limitada, sí, pero suficiente para sufragar los gastos de la casa y los personales, que eran bien pocos. Paula no sabía pedir, ni ambicionaba más que el amor de Luis. Pero él se fue apartando sin que ella se diera cuenta. Ya no salían a pasear y con frecuencia se mostraba de mal humor e imperativo. Ella pensaba que era por el exceso de trabajo y, como estaba acostumbrada a la soledad no protestaba, sin embargo, muy dentro una voz pequeñita le decía que el amor no era compartido, pero no hacía caso.

Decide tomar un taxi. Le daría una sorpresa a Luis.

"Luis. Luis, que de cosas contenidas en tu nombre. Me es-

fuerzo por abolir el pasado, que no haya sombra de hojas secas, sino verdor de césped y frescor de rosas y rocío. Miro las calles iluminadas, siento el calor veraniego y te llamo: aproxímate a mí y arranca la espina que me clavaste. Este olor de hojas y flores frescas que penetra por la ventanilla me rodea y me sofoca. . . Voy por entre nubes, voy por nuestra calle, a nuestra casa, voy ansiosa de tí. . .”

Paula baja del taxi, sacudida de emoción. Paga, toma la maleta, empuja la reja y atraviesa el jardín. Sube tres escalones, mete la llave en la cerradura, la puerta se abre y la franquea. Todo está oscuro, enciende lámparas y empieza a recorrer las habitaciones. No hay nadie, los muebles son los mismos que dejó. Habrá que esperar a que Luis regrese.

El viaje de treinta horas la había fatigado. Se dirigió al dormitorio, hace calor, abre la ventana y las cortinas palpitan. Se dirige a la cama y se tiende boca arriba con los muslos tirantes. Está nerviosa, se le antoja fumar y se levanta a buscar en su bolsa los cigarrros. La cajetilla está vacía. Registra en el cajón del buró, nada. Recuerda entonces que Luis solía guardarlos en la cómoda, pero tampoco hay, pero encuentra un periódico doblado y lo toma para distraerse mientras espera. Vuelve a acostarse y ya sólo se oye el tenue canto del grillo y el ruido de las páginas al voltearlas. De pronto Paula se incorpora, se queda pensativa un rato, sin vacilación ni temores, descubre, se le revela la verdad. Arroja el periódico al suelo, se cuelga la bolsa al hombro, toma su maleta y sale de la casa diciéndose: ahora ya soy dueña de mis pasos.

La verja se ha cerrado. Paula camina, respira ampliamente el aire con olor a madreselva y se aleja amparada por la luz de los faroles. Los ramajes de los árboles saltan las tapias de los jardines abanicando la noche que para ella ya es el día.

Allá, en medio de la alcoba, quedó el periódico mostrando una fotografía a colores de Luis con la hija del gobernador, anunciando su próximo matrimonio.

Caballo de niebla

Muy temprano mi padre hizo ensillar el caballo negro y se fue rumbo al pueblo. Los peones y yo nos quedamos en el campamento para cuidar la caballada que habíamos logrado reunir tras buscar los potros que andaban derperdigados en el monte.

En la noche la luna salió recortada y, después de cenar, nos quedamos un rato platicando alrededor de la hoguera. Luego me metí en mi tienda y pronto me ganó el sueño.

Sería la media noche o las primeras horas de la madrugada cuando me despertó el galope de una cabalgadura, al rato, en la corraleja, relinchó una yegua. En el campo, los ruidos son muchos en la noche y hay que tener buen oído y experiencia para distinguirlos.

Saqué la cabeza de la tienda, para estar más seguro y esperé un rato pensando que mi padre había regresado por algo que se le olvidó, pero no, ya no oí ni ví nada.

En la mañana, ¡vaya sorpresa!, pastando con los demás equinos, estaba un caballo color ceniza que no era nuestro; lustroso, fuerte de hijares y remos altos. Era hermoso.

— Está entero y echa humo— dijo Pedro, el capataz, que se había acercado. —Seguramente brincó la cerca y cargó a las yeguas—.

Pero no era humo, era vaho lo que se desprendía de sus lomos, igual que si tuviera dentro una hoguera encendida.

Una niebla dura empezó a levantarse desde el suelo con lentitud terca; luego trepó por los arbustos, espesa como agua sucia; se pegaba a las ramas, a las piedras, a la ropa, y uno la respiraba húmeda, caldosa.

Aunque no era tiempo para que mi padre regresara, yo estiraba la mirada ansiando su llegada, y con frecuencia tomaba el catalejo para observar si venía.

— No va a ver nada — me decían. — Ese maldito animal trajo la niebla desde el mismísimo infierno. Desde que llegó todo es gris; llueve y no se despeja, ventea y no se despeja. Y hay que verlo cómo humea. No es como los otros pencos.

Con tanta niebla no podíamos hacer nada. A dos metros de distancia ya no se veía la silueta de un grueso tronco de árbol. Los días se iban siguiendo igual y los animales ya casi no se movían. Todo olía a podrido.

El caballo color ceniza continuaba junto a los otros. Al principio tratamos de lazarlo pero rehuía la reata que solo resbalaba por su cuerpo, parecido a la misma materia de la niebla. Cuantas veces lo intentábamos, la bestia agitaba la crin furiosamente y pateaba, haciendo sonar la tierra bajo sus cascos, de un modo peculiar y luego, reculando, se alejaba y se perdía entre la niebla, orgulloso y esquivo.

— Es el mismo diablo con pelo gris, vino porque vamos a tener desgracia.

Lo decían los peones, supersticiosos como casi toda la gente del campo, y yo me quedaba callado. Ninguno de nosotros hubiese podido atinar para meterle un balazo, ya que el caballo era muy esquivo.

— Si el patrón estuviera con nosotros, ya habíamos salido de esto.

Lo decían los peones para fastidiarme o, ¿consolarme? No sé, yo era muy joven, 17 años, me sentía impotente y tenía miedo.

Cierto que mi padre era un hombre capaz, fuerte y respetado por todos, pero no había regresado, tal vez por el mal tiempo; aunque él sí conocía muy bien el terreno. Mi inseguridad realmente miserable me arrojó una luz, pues yo no sabía que hacer. Comprendí entonces que era urgente explorar el terreno, la niebla no podía estar en todas partes y ya apenas nos veíamos andar como bailantes sombras respirando el vaho de humedad. Así que nos pusimos en coro para deliberar sobre lo que podíamos hacer y decidimos marchar atados y en fila, pues ya habían transcurrido 5 días, la niebla no desaparecía y estábamos condenados a ociosidad, además ya no había provisiones ni pienso para lo animales.

Emprendimos la marcha, el capataz iba adelante de mí, hendiendo la niebla con la cabeza, como una quilla. Todos conversábamos a gritos y Pedro siempre repetía:

— Lo único que me gusta es no estar cerca de ese maldito caballo gris.

Lo decía, tal vez, para que se nos quitara el miedo y siguiéramos adelante, aunque sin saber a ciencia cierta por dónde, ya que nos íbamos guiando únicamente por el instinto, empujando nuestras fuerzas en librarnos de la niebla.

Nos detuvimos cuando ya no fue posible seguir adelante, quizá porque el sol se estaba ocultando o porque la niebla se había tornado más espesa, además era menester descansar, el hambre mordía nuestros intestinos y no traíamos más que algo de agua y un atado de hierbas secas para alimentar una hoguera.

Mientras nos desatábamos me acerqué a Pedro para preguntarle quedito, en donde estábamos. Lejos, me contestó y se

fue retirando hasta llegar al lugar donde uno de los peones estaba tratando de hacer fuego.

Nos tendimos en el suelo muy juntos para calentarnos y no sentirnos solos. Ya nadie quería hablar con el compañero porque a cada uno nos torturaba, más que el hambre, los pensamientos dictados por el temor. Pedro, que estaba a mi lado, me tocó el hombro para llamar mi atención y poder decirme:

— No se cómo vamos a salir de ésto, si tu padre estuviera aquí, ya hubiera encontrado el camino.

Asentí débilmente. No quería conversar. De nada servía hacer conjeturas, ni estaba bien que los demás lo oyeran y preocuparlos todavía más, así que le rogué que se callara y me dejara dormir.

— Está bien—, me contestó de mal humor, —pero insisto en que alguien debió matar ese caballo. Estoy seguro de que tu padre le hubiera pegado un tiro o se habría montado en él para domarlo.

No sé a que hora pero, de repente, oímos el estruendo de un galope y supimos que era el caballo de niebla por la manera como retumbaba la tierra bajo sus cascos. Apresuradamente nos levantamos y pudimos ver que se acercaba humeante. Mi padre lo montaba y frente a nosotros lo hizo pararse sobre sus patas traseras por un instante, luego torció su camino y se alejó para siempre. Con la mano diestra iba tirando de la niebla y el camino fue haciéndose tras de él, iluminado por un radiante sol. Y ya no distinguimos su galope, del de nuestros propios corazones.

Sin respuesta

Cuando a veces, logro contemplar un girón de cielo estrellado, por los intersticios de los edificios, el recuerdo de aquel hermoso cielo de montaña y de aquella noche viene a mi memoria.

Entonces vivía en plena sierra, cerros por todos lados, cubiertos de ubérrima vegetación y, en una pequeña planicie, la cabaña que habitábamos, mi marido y yo. Desde allí podía ver el manchón oscuro de la boca de la mina donde Jaime, mi marido, buscaba ansioso la veta de oro que escondía el cerro.

Atrás de la cabaña, había una veredita que subía zigzagante hasta un ojo de agua, casi cubierto por la frondosidad de los helechos. Del otro lado, en el fondo de la cañada, el río se deslizaba y, a veces, su rumor subía por los tubos del viento, como una música lejana.

Aquella noche, mientras esperaba a Jaime para cenar, me tiré boca arriba sobre el colchón de la hierba y me dediqué, como otras veces, a contemplar el límpido cielo cubierto de estrellas. Allí estaba Orión, las Pléyades, los Ojitos de Santa Lucía y todo ese mundo de estrellas prolongándose sin fin. Mi imaginación se desbordaba ante la misteriosa maravilla cósmica. El cielo me parecía una inmensa cúpula sostenida por la noche cuyos flúidos enigmáticos se amontonaban a mi alrededor.

En la cabaña, la lámpara de carburo filtraba un débil hilo de luz, cuerda de oro deslizándose por el resquicio de la puerta para invitarme al tibio abrigo de la alcoba, pero prefería seguir

afuera atraída por la belleza de la naturaleza, además, podía respirar a mis anchas las libres pulsaciones de los árboles pletóricos de jugo vital.

Nunca ha dejado de asombrarme la maravilla que es la naturaleza, lástima que los que habitan en la ciudad no sepan apreciarla y disfrútala.

Jaime me había dicho que permaneciera despierta porque regresaría por mí para que después de cenar lo acompañara y así satisfacer mi deseo de conocer la mina. Hacía tiempo se lo había pedido pero siempre me contestaba: ya veremos. No me sorprendió que quisiera llevarme en la noche, hasta me pareció emocionante, a fin de cuentas la oscuridad de sus profundidades, era la misma de día o de noche, además ir a la mina significaba una aventura. Tenía entonces dieciocho años.

Despreocupada, pues, permanecí escuchando la orquesta nocturna: el violín del grillo, los címbalos de las hojas, el flautín del viento, el teclado del río, los oboes de las vainas que estallan y el arpa de los árboles tocada por los dedos del viento. Toda una sinfonía de la naturaleza cuyos bosques, según la mitología, fueron habitados por faunos, centauros, náyades y silvanos que danzaban al son de los bellos cantos de Pan u Orfeo.

Jaime llegó y, para ir a la mina me equipó con casco y lámpara de carburo. No quiso cenar y a mí no me importó porque ya había comido unos tacos recalentados en la lumbrada que hacía el mozo todos los días para tomar sus alimentos, los tacos de frijoles y huevo me sabían deliciosos, mucho mejor que lo que yo hacía para comer y que compartía con el mozo, cuando Jaime no iba a cenar.

Nos dirigimos a la mina, llegamos y apenas dí unos cuantos pasos adentro, cuando los murciélagos se desprendieron y empezaron a revolotear, algunos pasaron rozándome con sus membranosas alas y empecé a gritar, Camina rápido — me dijo Jaime —

en esta parte duermen y los hemos inquietado al pasar. Seguimos avanzando por los socavones, siempre hacia abajo hasta llegar al sitio donde los barreteros, cubiertos solamente con calzones de un blanco sucio, taladraban la roca para colocar el barreno. Sus torsos desnudos brillaban húmedos por el sudor que les provocaba aquel ambiente sofocante.

Al poco tiempo mi entusiasmo empezó a disminuir. Al estar observando cómo trabajaban, —Jaime señalaba dónde colocar la dinamita— noté que estaba preocupado pues sus arrugas eran más profundas, no le di importancia porque pensé que era natural su preocupación debido a su responsabilidad.

Durante un lapso permanecí mirando el trabajo pero empecé a cansarme, lo que quería era irme a dormir, así se lo dije a mi marido pero su respuesta fue: espera un poco más, no es posible irnos ahora, este es un trabajo delicado y tengo que vigilar dónde colocan los barrenos, luego nos vamos, ya falta poco.

Luego me llevó hasta un recodo del túnel y colocó un tablón debajo de unos pilotes para que me sentara a descansar, así lo hice. Los ojos se me cerraban de sueño, pero apenas había dado unas cuantas cabezadas cuando escuché un estruendo formidable que me dejó envuelta en una lluvia de polvo y piedras que me golpearon. Después, nada. Cuando volví del desmayo, la masa de polvo y roca formaba un muro entre el lugar donde trabajaban los hombres y el sitio en donde me encontraba. El silencio era imponente y, no se por qué milagro, la lámpara permanecía encendida dentro del nicho natural de la roca donde Jaime la había colocado.

Uno se pregunta, entonces, que fue lo que sucedió, intuyes una catástrofe y gritas y gritas aunque sepas que nadie te escuchará. La muerte siempre nos da sorpresas y temerosa y angustiada llamaba a Jaime con desesperación. Poco a poco logré calmarme y pude pensar que lo mejor sería tratar de salir, tomé la lámpara y emprendí el regreso llena de temor y dolorida. La

atmósfera se había convertido en un mar calaginoso quieto de polvo y de silencio, sudor y sangre resbalaban por mi rostro, y caminé suplicando a Dios voluntad y fuerza, guía para encontrar la salida. En aquel laberinto de túneles me encontraron los hombres que venían a rescatarnos. Cuando salí de aquel Orco, la luz se desperezaba y dí gracias.

Supe que hubo un derrumbe al estallar los barrenos; los trabajadores fueron rescatados con vida, no así mi marido. Unas semanas después regresé a la capital, a este amontonamiento de gente y de edificios donde el smog no permite contemplar estrellas.

Muchos años han pasado y aún me sigo preguntando: ¿por qué Jaime me llevó a la mina aquella noche precisamente cuando se iban a colocar los barrenos? ¿Tú qué piensas?

No te olvidaré

Daniel abrió la ventana y miró hacia la montaña poblada de árboles que negreaban. El viento de la madrugada abatía las copas y en el cielo se extendían nubes blancas, ligeramente sonrosadas. Cerró la ventana, se volvió y dijo en voz alta: Ya me voy, María. ¿Quieres café?, preguntó una voz desde la cocina. —No, contestó Daniel, mejor dame un trago de vino.

María salió de la cocina llevando un vaso y la mochila que descansó en el asiento de una silla, a la vez que le informa: —puse unas latas y un pan para que almuerces.

Daniel le dio las gracias y tomó el vino de un solo trago, luego sacó de su bolsillo unos billetes e hizo el ademán de colocarlos en la mano de María pero ella los rechazó diciendo: —Me ofendes, yo te invité a venir a mi casa y aunque por poco tiempo hemos permanecido juntos, me olvidé de mi soledad, del silencio que se tiende a mi lado y sobre todo empecé a querer, te quiero, Daniel, y me duele que te vayas, pero tengo confianza en que te curarás y todo irá bien. Luego aproximándose a Daniel que permanecía silencioso, se apretó a él hasta sentir el roce de su barba en la mejilla y le murmuró al oído: —otra vez estás pensando en lo que te pasó. ¿verdad?, olvida eso, tú no tuviste la culpa—. El respiró hondo y exclamó: —Tienes razón, es mejor pensar en tí y en esta hermosa mañana.

Daniel colgó la mochila en su hombro, María se quitó la pañoleta que usaba y la colocó en el cuello de Daniel y ambos se dirigieron enlazados hacia la puerta. Allí, ella le preguntó: ¿volve-

rás pronto? No lo sé, querida, pero no te olvidaré. Le acarició el rostro con ternura, la besó largamente y se alejó. María permaneció en la puerta viéndolo hasta que desapareció entre el matorral, en tanto, burbujas de tristeza encristalaban su alma.

Daniel emprendió el ascenso a la montaña aspirando profundamente el olor a hierba y a resina que traía el viento del bosque. Por un momento se detiene a contemplar el pequeño valle que se abría a sus pies. Enciende un cigarro y reflexiona: debe ser tranquilo vivir en un sitio como éste. Pero de pronto se estremeció...

“El agua fría entra en los muslos al vadear el río, al salir, las botas llenas de lodo, se fueron secando poco a poco durante la caminata. Llegamos al campamento y al entrar en la tienda de campaña arrojamos los fusiles al suelo, sin acomodarlos como otras veces, estábamos muy cansados; nos desnudamos entre el olor fuerte a sudor que emanaba de los cuerpos e inmediatamente nos dirigimos a las regaderas que estaban al aire libre. Era agradable el agua y los rayos de sol resbalando en el cuerpo. Después entré a la tienda y me puse a leer las cartas de mi madre con las eternas palabras: ¿estás bien? Cuídate mucho y protege a tu hermano... ¿Cómo puedo estar bien en este infierno de la guerra?... Cuídate, protege, cuídate, si hace unas cuantas horas hubo una emboscada y el teniente y varios soldados quedaron allá de cara al sol. Pero, lo más horrible fue ver cuando mi hermano cayó en el tremedal y poco a poco se fue hundiendo ante mis ojos sin que se pudiera hacer algo para salvarlo. Yo el capitán, el responsable de mi compañía y sin ni una reata, todo fue tan rápido. Aquella noche no pude cerrar los ojos, me levanté por una botella de vino y por primera vez me emborraché. Su imagen quedó metida en mi cerebro; lo nefasto se apodera de mi espíritu y solo el vino me ayuda a sobrevivir, a no pensar...”

La vereda seguía ascendiendo. Daniel se sienta a descansar con la espalda recargada en el tronco de un árbol. El calor ya era

intenso. Saca la botella de la mochila, da un largo trago y luego se tira boca arriba. Al ver la copa verde el cielo lleno de nubes blancas y el revoloteo de pájaros que trinan siente un deseo inmenso de ser otro, el de antes y aplastar el pasado de un puñetazo. ¿Podría? Los recuerdos siguen martillando su cráneo y al fin logra suplantarlos por los de María. La conoció en el cabaret del pueblo que acababa de abandonar. La vio junto a otras ficheras en un intermedio musical. Su rostro aparecía enmarcado por una larga cabellera lacia y sus labios dibujaban una tenue sonrisa. Sentía necesidad de compañía y sin vacilar atravesó los pocos metros que los separaban para invitarla. Ella aceptó y la condujo a su mesa donde tenía una botella de vino que le ofreció. Pero María le dijo que no bebía, únicamente bailaba y quiso retirarse. — No te vayas, le suplicó, quédate a conversar conmigo, pide lo que quieras, te pagaré tu tiempo—. Pronto se encontraron hablando de sí mismos. Era la primera vez, en mucho tiempo, que escuchaban con atención lo que alguien les decía y que a su vez eran escuchados con evidente interés. Así descubrieron que, aunque separados, ambos transitaban igual soledad. María era huérfana, vivía sola en la casita heredada de sus padres. Por las tardes iba a la casa de una vecina que le daba clases de corte a cambio de su ayuda en esos menesteres. El había estado en la guerra y recibió una ráfaga de metralla que le dejó casi inutilizado un brazo y donde obtuvo experiencias muy dolorosas que le fue comunicando.

Mientras platicaban, Daniel bebía como desesperado, terminó la botella y pidió otra. María le rogó, tímidamente, que ya no tomara y él contestó:

— No te preocupes, ésta me la llevaré. Vámonos a dormir. Me gustas y ya te estoy queriendo.

— No, Daniel, ya te dije que yo nada más bailo, pero no te dejaré solo, has bebido demasiado y no conoces el pueblo. Si te parece vamos a mi casa, está cerca y te preparo algo para cenar, vámonos.

La casa era modesta y ella lo introdujo a la cocina, ofreciéndole una silla junto a la mesa, mientras preparaba café y huevos con chile.

El la miraba hacer, siguiendo sus movimientos y por primera vez se fijó en sus piernas doradas y sintió deseos de acariciarla. Hizo el intento de levantarse pero sus piernas, reblandecidas por el alcohol, no le respondieron y trastabilló, apenas si alcanzó a detenerse en la mesa para no caer y avergonzado desistió.

Cuando la cena estuvo lista, María le sirvió, y lo hizo comer algo a costa de ruegos. Tomó el café cargado y luego ella le ayudó a caminar hasta la cama; lo acostó, le quitó los zapatos y lo arropó. Porque Daniel estaba envuelto en la caliente niebla de los tragos, y se le habían cerrado los ojos. Después, ella se acostó junto al cuerpo inconsciente y sudoroso.

Al despertar Daniel, se levantó de la cama y se dirigió al pequeño cuarto de baño; se miró en el espejo, rostro ingrato, envejecido en plenos treinta años. Sus ojos analizaban con minuciosa atención cada arruga y protuberancia de la imagen, piel reseca, el retroceso del pelo sobre la frente, la tenue red de arrugas alrededor de los ojos. El alcohol, aún le quemaba garganta, estómago, intestinos, provocándole súbita náusea. Apretó los labios hasta mordérselos y con esfuerzo heroico, salió del baño, después de bañarse con agua fría, y se envolvió en el silencio tibio de la habitación. María no estaba. Así es mejor — pensó —.

Daniel se levantó de donde se había quedado a descansar. El viento había dejado de soplar, ahora era un silencio en el aire caluroso. Vuelve a beber del cogote de la botella, enciende un cigarro y sigue su camino acompañado de sensaciones nostálgicas. Piensa en su vida como un riachuelo que corre silencioso entre las piedras, sin saber hasta cuándo, y siente a María como un lacito de aire fresco, atado a su corazón. Se quita la pañoleta que ella le había colocado en el cuello, la dobla y cuidadosamente la coloca en el bolsillo izquierdo de su chaqueta, a la vez que murmura: nunca te olvidaré.

La cueva

Conocí a Brasul, hace más o menos cinco años, en un vino que le fue ofrecido con motivo de la publicación de su novela. Desde entonces nos hicimos amigos. La semana pasada me dirigí a su casa para felicitarlo por la aparición de su nuevo libro y, de paso, obtener material para mi crónica. Después de felicitarlo y departir un rato en la biblioteca, saboreando un wisky, entre trago y trago me lancé:

— Tengo entendido que tu novela es un éxito de librería, al fin se ha roto la indiferencia con que se recibe una manifestación audaz y decidida. Supongo estarás satisfecho.

— Tanto como satisfecho no, estimulado sí. La verdad es que uno nunca está del todo contento con su obra. Siempre se aspira a la superación.

— Siendo como eres tan disciplinado supongo has de tener por ahí material escrito.

— No. Lo que pretendo está en proceso de maduración. Tengo en mente un argumento que, si logro desarrollar, será algo así como un drama.

— Vaya, ahora resulta que también tienes vocación de dramaturgo.

— No, no se trata de una representación teatral. En la vida hay situaciones absurdas, conflictivas y a veces se camina por un

subterráneo sin encontrar salida. El que lo logra es porque tiene un objetivo y es capaz de padecer por él.

— Cierto, pero no todos tenemos la misma capacidad para tomar conciencia de nuestra situación y encontrar solución a problemas difíciles.

— Pero se puede intentar el esfuerzo. ¿Recuerdas a Víctor Chapa, aquel amigo que en nuestro viaje a la Huasteca nos proporcionó caballos y un guía para llegar hasta el nacimiento del río, llamado El Manantial?

Sí, había una gruta en la montaña y nuestras cabalgaduras trataban de afianzarse con esfuerzo en los desniveles de las piedras. Recuerdo que estando adentro me pareció un lugar de rito, porque había flores secas y veladoras al pie de las configuraciones calcáreas. Desde allí escuchamos el ruido del caudaloso río subterráneo. De regreso, ¡qué miedo! Yo iba con más temor que de subida. En el fondo se extendía una tupida vegetación, fue poco lo que anduvimos por allí porque, de pronto, al pie de la cordillera oímos y vimos el chorro de agua azul y cristalina, que salía de entre las rocas para convertirse en río. Allí nos quitamos el peso del polvo y del calor. Me gustaría volver a ese hermoso lugar.

— Tu recuerdas muy bien el sitio pero no al hombre. No importa. Víctor Chapa es un ejemplo de firmeza y voluntad. Si tienes paciencia te referiré lo que le sucedió antes de que lo conocieras. Verás:

Víctor vivía modestamente en un pueblecito de la huasteca con Silvia, su mujer, y un hijo de ocho años. Un día el muchacho fue de excursión con sus compañeros de escuela y su maestro a un bosquecillo cercano. Allí había una cueva legendaria a la que no se podía entrar porque nadie sabía su verdadera dimensión y podían perderse. Cuando deciden regresar del paseo, se dan cuenta que falta el niño, lo buscan por los alrededores, no lo en-

cuentran y empiezan a sospechar que se introdujo en la cueva. Los padres fueron informados, pero la policía les advierte que no entren, que esperen porque ya lo andan buscando.

Pasan las horas, no hay noticias y la madre, sumamente nerviosa le exige al marido que vayan ellos a buscarlo. El no quiere porque dice es un riesgo inútil, la entrada está prohibida y deben esperar. Pero tanto insiste la mujer, que al fin accede ya que él también estaba ansioso por tener noticias. Se van provistos de lámparas, entran a la cueva y caminan y caminan sin saber qué distancia han recorrido. Nada encuentran, ya están fatigados y deciden regresar pero, en aquellos recovecos se habían extraviado y no encuentran la salida. De repente ven salir a un hombre de lo oscuro, suponen que es la persona que busca al hijo, le preguntan y el dice que no, que allí trabaja elaborando un mapa para que la gente no se pierda y no está seguro de poder terminarlo, pero ya localizó una pequeña salida que utiliza para obtener provisiones. A Víctor le disgusta aquel hombre, desconfía, pero a Silvia le parece confiable y le ruega los guíe hasta la salida. El hombre se niega pero después de promesas y ruegos de la mujer acepta con la condición de que le obedezcan sin hacer preguntas. Los celos de Víctor crecen, se opone a seguir a ese desconocido y además en el pueblo nadie sabía que ahí existiese para elaborar un mapa. ¿Por qué no había dado a conocer la salida? Eso era sospechoso y arriesgado. Silvia se pone furiosa. Se niega a permanecer al lado de su marido y decide seguir al hombre que tiene un saco de vituallas y conoce una salida. Aunque Víctor trató de detenerla, y prevenirla del peligro a que se exponía, ella no quiso oírlo más, y lo abandonó para seguir al desconocido, tal vez pensando que si se quedaba ambos perderían la vida. Pero no sucedió así. Al cabo de dos días, Víctor pudo salir, desfallecido, sí, pero triunfante. Había encontrado la salida de la cueva con voluntad y coraje.

— Oye, eso que me acabas de contar, ¿es ficción o realidad? Si es cuento, entiendo que la cueva tiene significación, pero, dime el desenlace: ¿qué pasó con el niño?

— Los siguieron buscando, pero jamás se supo de ellos. Víctor rehizo su vida y le ha ido bien. A partir de entonces se transformó y lo mismo puede sucederle a cualquier persona en determinadas circunstancias de la vida.

— Fácil lo resolviste, eh.

— No, el hecho fue real y no es fácil perder mujer e hijo y salir adelante. Pienso que las situaciones difíciles pueden transformarse si tomamos conciencia de nuestro ser. El hombre puede estar sumido en la tragedia hasta el momento que precede a la anagnórisis. Reconocer es volver la conciencia hacia la luz, en fin, esas cuestiones nos llevarían discutiendo días. Lo mejor es demostrarte que es posible encontrar una salida.

Mi amigo se dirigió hacia el escritorio y tomó un cuaderno que dejó abierto en mis manos y dijo:

— El tiempo es un aliado que robustece. Desde hace años adquirí la costumbre de anotar impresiones, recuerdos, pensamientos. Lee lo que escribí anoche.

“Hoy en la tarde fui a visitar a mi amigo Arturo que está enfermo. Al salir de su casa me fui caminando para encontrar un taxi. De pronto me di cuenta que transitaba por donde vivíamos y te recordé. Unos pasos más y estaba frente a la ventana del departamento que creí único por ser el nuestro, pero solo era uno más de los que se extienden por debajo y por encima, y, tal vez, el más pequeño. Lo renté porque desde ahí se podía contemplar el sector luminoso y verde del parque cercano, que me pareció habría de alegrar el espacio de armonía que anhelaba para nuestra felicidad. No fue así. Ahí no hubo nada, ni siquiera la creación vaporosa de un sueño. Ahora puedo mirarte tal como eras: ambiciosa, insatisfecha, vanidosa. Aún me parece escuchar la canción sostenida en tus melosos labios: Luis, queridito, busca otro empleo mejor remunerado; Luis, pide aumento de sueldo; quiero esto, lo otro, aquello... y, qué hice, sino tratar de

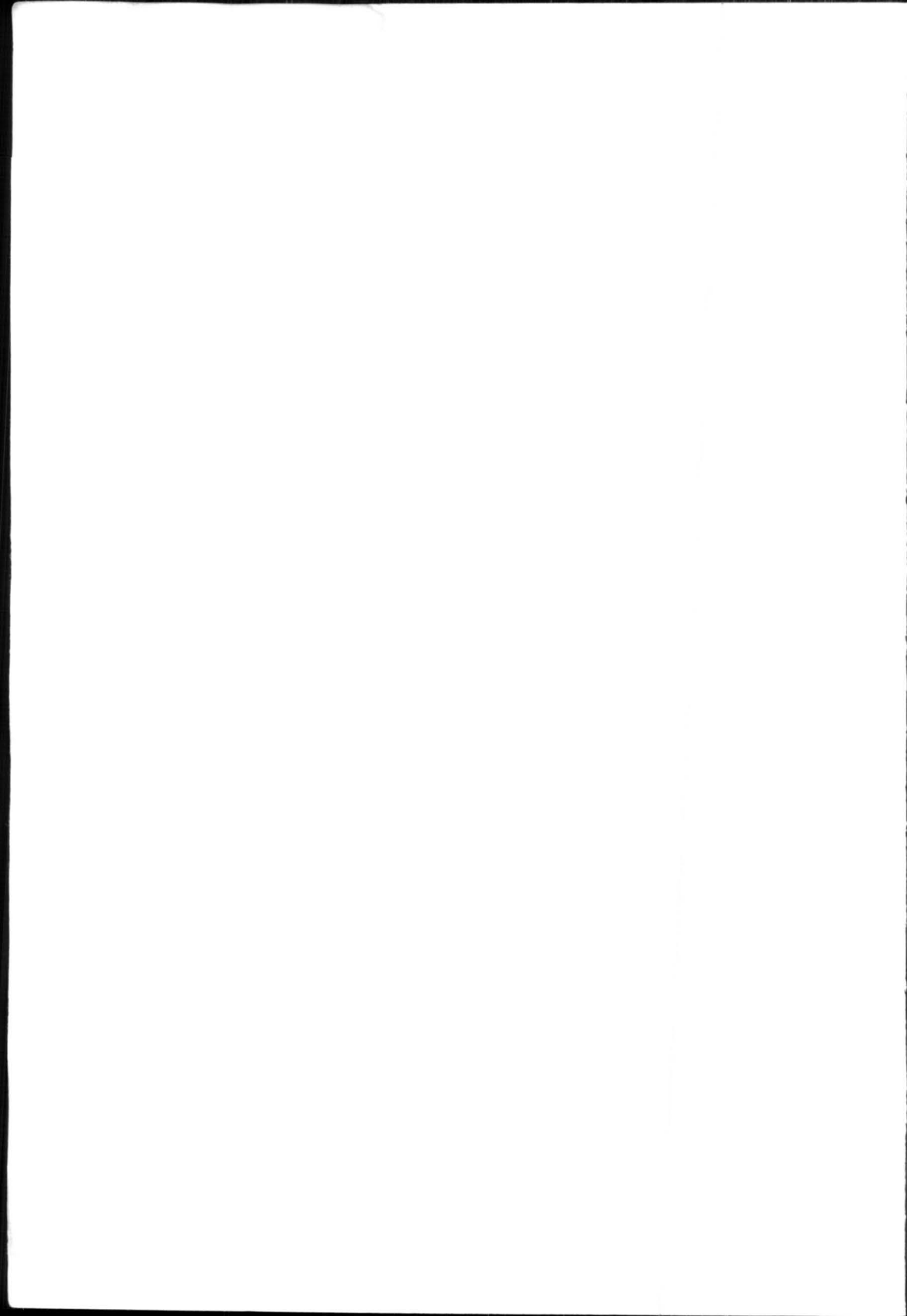
complacerte? Eras hermosa y te amaba. Fui pasivo, ciego y sumido en la sombra perdí la dignidad. Deudas, trampas y hasta fraude, y, cuando fui a la cárcel me abandonaste. Desesperación, soledad, miseria, todo lo sufrí. Pero no te busqué porque empecé a mirar la luz que me señaló un nuevo camino. No sé en donde estás ahora, ni me interesa. Tampoco te culpo. Paradójicamente tu huida me condujo a la acción del ser. Un hombre empieza a saber lo que es y lo que vale, cuando se pierde y logra encontrar su camino.”

Cerré el diario emocionado y al devolverlo sólo se me ocurrió decir: jamás hubiera imaginado algo así en tu itinerario personal. Generalmente uno ve el mar y solo percibe el movido cabrilleo de las olas y pocas veces pensamos que en su fondo hay un mundo de corrientes invisibles, de seres combativos, de trágicas contiendas, riquezas y formas infinitas. Me has dado una demostración de teoría y praxis y no puedo menos que admirarte.

Brasul respiró profundo, hizo una pausa, sacó un libro del estante, me lo dedicó y al despedirnos me dijo:

— No hay hilos mágicos que señalen el camino que uno ha de seguir. Aquella desilusión salió por mi pelo y se la llevó el aire. Creo haber podido encausar mi vida por otro rumbo. Cerré el pasado y aquí me tienes satisfecho con lo que he logrado.

Nos dimos un fuerte abrazo y me alejé pensando que en cada noche oscura el hombre puede y debe encender su fosforito.



Sorpresa en navidad

Atrás quedó la casa en que habitaba. Ahora corría desesperadamente por el borde del río, el sol invernal apenas si calentaba su rostro. La arena se introducía en sus zapatos, lastimando sus pies, y se detuvo a descansar bajo la fronda de un pirul. Estaba demasiado fatigada y por un momento se durmió.

La tibieza del aire empezó a disminuir. El cielo cambiaba de tono y los pájaros hacían círculos sobre los árboles buscando abrigo. Pronto sería noche y no supo que hacer. El miedo y la angustia la atosigaban y todo su pensamiento, surgía de la voz monocorde de un ¿por qué?

A las dos de la tarde salió de la Biblioteca, rumbo a su casa. Pero antes de llegar la vecina, una muchacha que nunca antes le había dirigido la palabra, la detuvo diciéndole:

— Oye, no entres a tu casa. A tu familia se la llevaron los judiciales como a las once. Mejor aléjate. Vete con algún pariente hasta que eso se arregle porque en la esquina hay un vigilante.

María Antonia se sorprendió y aquellas palabras la asustaron. No tenía ningún pariente en esa ciudad donde apenas hacían unos cuantos meses que habían llegado. Qué hacer, a donde dirigirse. Por lo pronto había que huir, y no se le ocurrió mas que alejarse rápidamente rumbo al río, que había en las orillas de la ciudad, para esconderse entre las matas. Allí no la encontrarían — pensó — y se alejó corriendo.

Lágrimas y sudor se le escurrían, cuando se sentó a descansar y quitar la arena a sus zapatos. Su realidad tenía una cauda de soledad que la envolvía. Una y otra vez se preguntaba: a dónde ir. No podía pasar allí la noche. Tendría que buscar asilo en alguna parte, tal vez con alguna compañera de la Prepa. Sí, ¿por qué no lo pensó antes? Nadie mejor que Simona la amiga que siempre andaba tras ella. Seguro que la protegería hasta el día siguiente en que había que ir a la policía para informarse de su familia. De que no habían hecho nada, fuera de la ley, estaba segura, ya que a su padre, por eficiente y honesto, le habían asignado un puesto de responsabilidad en la sucursal del Banco de la ciudad donde ahora habitaban.

María Antonia conocía la casa de su amiga Simona porque una vez la invitó a merendar y hacia allá se dirigió con la esperanza de que no le negaría asilo por esa noche que se extendía ensartada en el hilo de una pesadilla.

Simona era una joven medio gordita, güera pecosa que siempre la acompañaba, sobre todo cuando algún muchacho se le acercaba a María Antonia que era bonita, esbelta, de firmeza grácil y ojos que brillaban de renovado entusiasmo.

Serían las ocho cuando llegó a la residencia de Simona. El miedo había dejado de teclearle fuerte, porque confiaba en que se le prestaría auxilio, pues ella nunca le negó ayuda en los trabajos que les dejaban los maestros. Arrullando esa esperanza tocó el timbre.

— ¿Quién era?, le preguntó Carlos a su hermana Simona.

— Era María Antonia diciéndome que su familia estaba presa y que le diera permiso de alojarse esta noche, aquí, en la casa.

— Y en dónde está, ¿qué le dijiste?

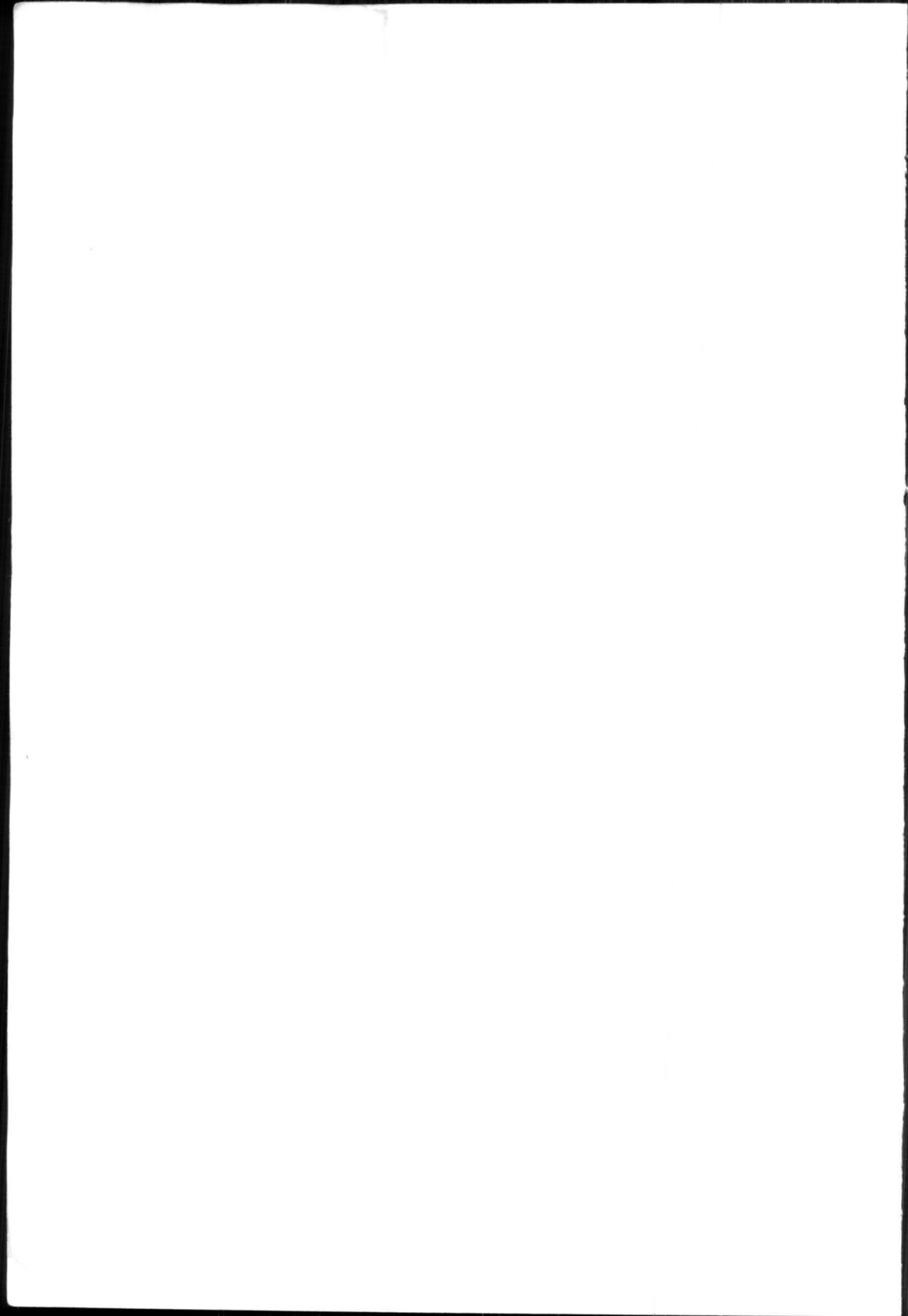
— La muy ingenua creyó que se lo permitiría, pero le dije:
—“María Antonia, yo escojo a mis amigos”—, y se fue.

— Me sorprende tu saña, ¿por qué hiciste eso?

— La odio. A ella siempre la siguen los muchachos. Siempre la primera en la clase y a mí no me toman en cuenta para nada. Me hace sentir como su falderillo.

La esperanza se le cayó a María Antonia de los brazos. Más que rabiosa se alejó humillada, con las palabras inmersas, como un gusano royéndole adentro. Con ojos humedecidos tomó el rumbo a su hogar, pasara lo que pasara iría a su casa. Y caminó por las calles sin fijarse en gentes, ni adornos navideños. En aquel momento eran para ella una nulidad. Sólo al pasar frente a la iluminada iglesia y sentir el destilado olor del incienso, se acordó que era Noche Buena y evocó a su familia reunida para la cena y el nacimiento desparramando el olor a pino. Al recordar, su dolor se hizo intenso. Apresuró el paso y, al llegar a la puerta de su casa, sacó de su bolsa la llave y abrió. La sala estaba iluminada y quedó perpleja ante su madre que salió a su encuentro:

— ¿Hija, en dónde estabas? . . .



Aguedita

Aguedita recibió, de manos de su abuela, un ramo de flores, una caja de bombones y un sobre rosa que acababa de entregar un mensajero, para la "Señorita de la casa", quien en ese momento estaba sentada frente al tocador pintándose las uñas con esmalte Bárbara Guldof.

La abuela se puso su máscara de alegría, al entregarle el envío y, abrasándola le dijo:

— Parece hijitá, que tienes un enamorado, ¿quién es?

A Aguedita se le hicieron los ojos grandotes y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Tomó los objetos y ansiosamente abrió el sobre de donde sacó una hoja de papel que tenía escritos solamente unos versos, pero sin firma. Ambas tuvieron que tragarse la incógnita.

Aguedita, como todos la llamaban en la casa, era la hermana menor de dos varones que tenían la lúcida conciencia del desagradable destino de la hermana, quien ya había cumplido los treinta y cinco años sin lograr tener novio; morena, de cara caballuna y cutis intransitable, pelo renegrido y lacio, Aguedita desgastaba su tiempo tratando de embellecerse a base de menjurjes, leyendo a Corín Tallado o viendo telenovelas para vivir dentro de ellas. Tenía una amiga íntima, como ella quedadita, con la que salía casi todas las tardes a exhibir su cuerpo de medidas Miss Universo, que dejaba trastornados a novicios y vejancones, pero ninguno se arriesgaba.

Intrigada, a causa de su anónimo obsequiante, pero con las ilusiones asomando por cada uno de sus poros, empezó a emperifollarse más que antes. A las cuatro de la tarde empezaba a emplear la elaborada química del maquillaje por si acaso llegaba su desconocido enamorado. Seguramente era tímido — pensaba — y por eso se hacía presente por medio de los obsequios que seguía recibiendo cada semana. Y mientras esperaba, se distraía viendo pasar las hormigas, sin comprender la actividad de los insectos, sus carreras indecisas, eternamente buscando. Y ella ahí, hasta que la noche se enojaba de luces.

Pero, ¿quién era?, ¿cómo era? La incógnita seguía y no le quedó más, que morder la espesura de su ansiedad. Las semanas se iban, una tras otra, y su estado de desasosiego crecía, hasta que un día, al leer el verso que acababa de recibir y que decía:

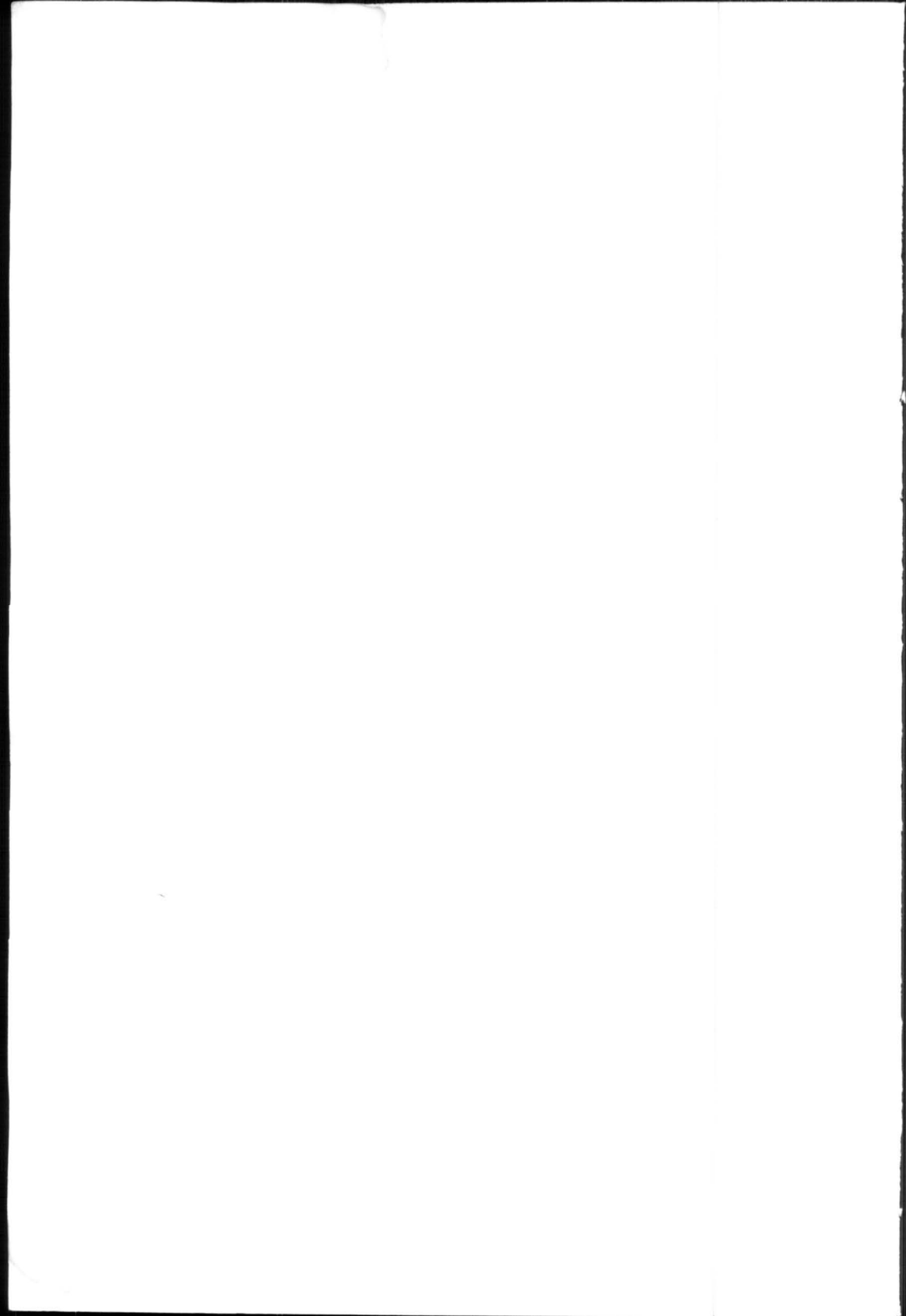
*Como una ardiente hoguera
tus ojos me lanzan llamas
y ahora me estoy quemando
en ese tu fuego intenso.*

Aguedita ya no siguió leyendo; un zigzag de colores empezó a rayarle el rostro. Al mismo tiempo que, arrojando el papel con rabia se preguntaba: cómo pueden mis ojos quemar a ese infeliz que ni siquiera se me acerca y me deja abandonada en un charco de temblores (esta última frase la había aprendido de su desconocido Urgando). Basta, exclamó, dando de patadas en el suelo.

Como ven, Aguedita tenía su genio y ya no quiso recibir obsequios ni cartitas. Decidió poner fin a tan extraño enamorado. Apresurada se dirigió a su recámara, sacó del closet una caja de cartón repleta de papeles y flores secas y la arrojó en el bote de la basura diciéndose: lo desprecio, lo odio si ahora llegara le llenaba la cara de palabrotas.

Entonces me dije: con que esas tenemos ¿eh? Después de que te hice el favor de alegrar tu corazoncito de papel, tú, ingrata,

me desprecias, me odias, pues voy a quitarte la vida, arrojándote de mi cuento.



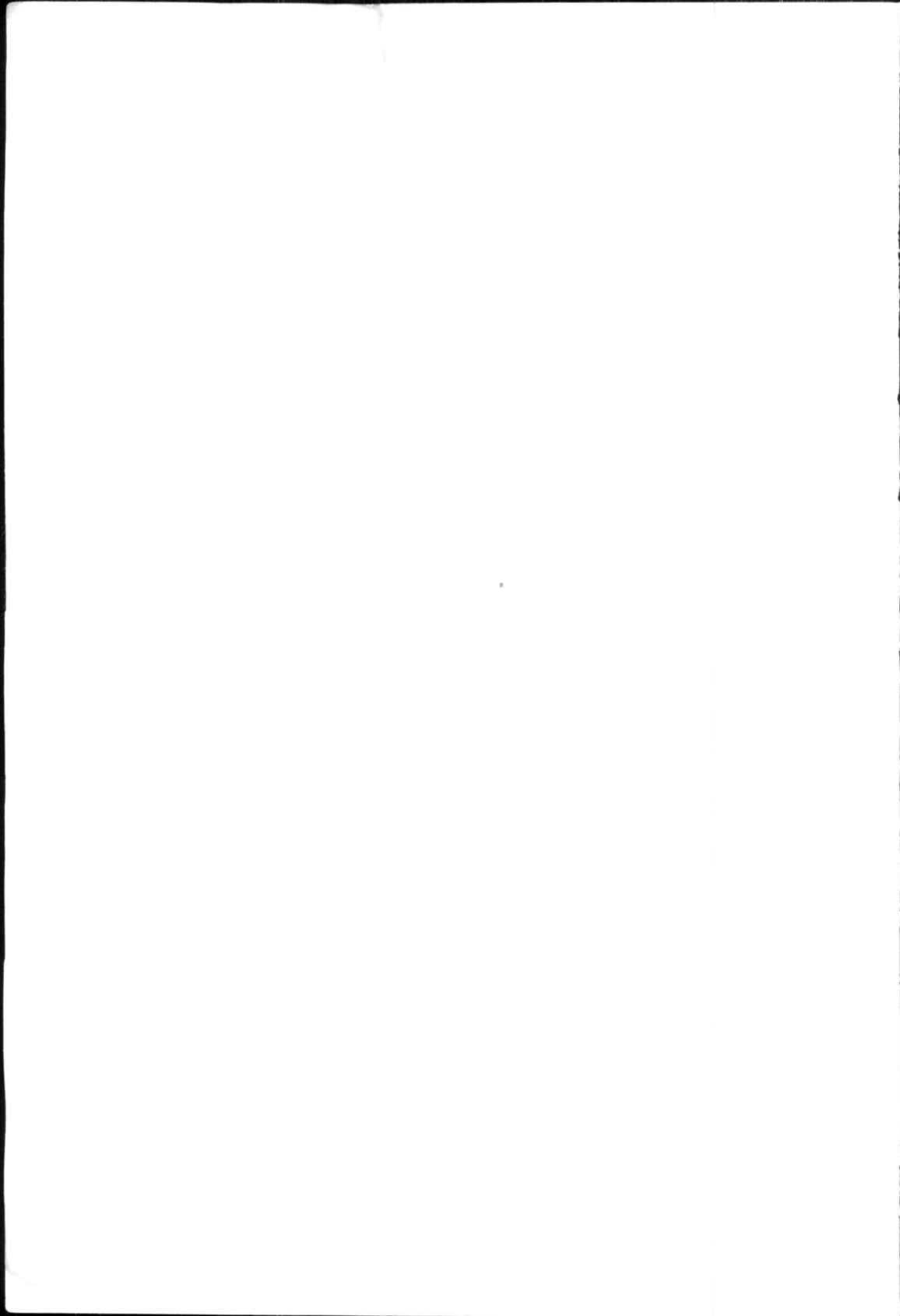
Cada domingo

Cada domingo voy a visitar a mi ahijada Adelaida, hija única de mi compadre Luis, que hace dos años se quedó viudo. El nunca está en su casa ese día y voy en la tarde para acompañar a esa linda y solitaria criatura. Me gusta aspirar el perfume de su cabellera oscura, y suave como la seda. Tiene diecisiete años, piel blanca y ojos verdes, como las blusas de seda que usa porque dice, así le brotan flores de sus pechos. Tierra de tentaciones en la que detecto matices sorprendentes cuando pone en marcha su actividad corporal.

Mi mujer acepta con beneplácito que pase las tardes con Adelaida. Pobrecita, me dice, está tan sola. . . No te acompaño porque tengo que organizar mi trabajo de la semana. Ella es maestra y yo apruebo su comprensión, no sin protestar un poco, pero, la verdad es que me la paso de maravilla.

Adelaida y yo conversamos, oímos música y juntos vemos, a través de la ventana, cómo la penumbra va invadiendo la sala, poco a poco. De allá para acá, todo va muriendo. Entonces podemos dividir lo de afuera y lo de adentro que empieza a vivir al estallar el fuego de los cuerpos en una sinfonía radiante.

Así sucede cada domingo, hasta la hora prefijada para mi regreso, no antes, porque no quiero encontrar a Luis en mi casa.



De ida y vuelta

Lees: “la innacción es un vicio y la monotonía una señora gorda y fofa que da asco por infeliz”. Le has dado muchas vueltas a esas palabras, y decides escapar de semejante compañía. Abandonas tu sillón preferido y comodón y el libro que perezosamente ojeabas, cuando esas letras te brincaron a los ojos.

Te levantas con cierta pesadez, das unos pasos para colocarte frente al espejo de cuerpo entero, y te detienes a mirar tu rostro mofletado, tu cintura que tiene muchos rollitos de grasa y tratas de sumir la panza, conservas la vertical y ensayas un gesto de hombre recto e inteligente que te queda guango. Pruebas otro de bonachón sonriente pero te queda tieso. Terminas por experimentar una sensación de máscara. Vuelves la espalda al espejo, que tan mal te ha tratado, recoges tu chaqueta, te la pones y sales a la calle pensando que, tal vez, con algo de ejercicio consigas desprenderte de unos kilitos.

Caminas hasta el centro, pasas por una librería de viejo y penetras a ver que encuentras que te ayude a resolver tu problema de gordura. Recorres estantes y mesas repletas de libros y encuentras dos que llaman tu atención: “Los trabajos de Persiles y Segismunda” Y “Los trabajos y los días”. Piensas entonces que con todos esos trabajos puede que desaparezcan tus rollitos. Después de regatear los compras. Así matas dos pájaros de una pedrada, porque nunca antes los habías leído.

Martiniano siempre compra libros usados, según dice por “pecunia moderata” Y porqué le gusta accionar con doble utilidad.

Sale de la librería satisfecho y se topa con su vecino y amigo Eduardo y empiezan a caminar juntos.

— Qué tal, le dice Eduardo, ¿compraste algo bueno?

— No sé todavía. A veces uno encuentra algo valioso, como cuando adquirí, por unos cuantos pesos, un tomito de cantos dorados, todo maltrecho, creo que ninguna otra persona lo hubiere comprado, pero en mis manos ese librito pronto obtuvo nueva vida. Tan útil fue que me sirvió para hacer un sistema. Verás, el libro empieza con estas palabras: “el porvenir es un lugar cómodo para colocar sueños, venga usted conmigo, etc.” ¿Qué te parece? Desde entonces emprendo aventuras por ciudades, bosques, selvas, ríos, montañas. En fin, aunque te confieso que a veces las nalgas además de adormecerse me duelen de tanto estar sentado. Pero es interesante. De cada sitio escribo artículos con mensajes en clave y los envío al periódico. Es un buen juego, pues cada clave es distinta. Yo las invento, son secretas, aunque a veces no entiendo nada. Pero es un placer que lo tengan a uno dentro de la modernidad, escritor original. No exagero. Mi juego es superior a la “Rayuela” de Cortázar y te aseguro que mi descubrimiento deja chiquito a Joyce. Dicen que mi lenguaje es críptico pero, qué importa, ¿acaso Joyce no inventa su propio lenguaje? ¿Excentricidades? Bah, me río de los calzones de la señora Bloom y no envidio las aventuras del “Ulises”. Yo desde mi sillón hago el viaje de ida y vuelta.

Hotel Palacio

El mediodía cálido se precipita y Pedro entra a la cantina. En la barra no hay lugar. Se queda parado y mira a su alrededor buscando una mesa desocupada. Allá está una, en la última fila, quizá nadie la quiso ocupar porque le da el sol que se filtra al través de un tragaluz. Ni modo, hacia ella se dirige y se sienta de cara a la pared tratando que no le caiga en su cuerpo. Un ventilador, lento y chirriante, gira y gira pero no lo suficiente, el calor se deja sentir sofocante.

Mientras llega el mesero, Pedro enciende un cigarro, fuma y se queda mirando el humo que flota y se desvanece en el aire. Así, como ese humo — piensa —, son las ilusiones. Llega el mesero, Pedro ordena su chabela y pausadamente bebe. Los ruidos son escandalosos: voces, vidrios que chocan y una voz aguardentosa canta:

*Usted es la culpable
de todas mis angustias
de todos mis quebrantos
usted llenó mi vida
de dulces inquietudes
y amargos desencantos. . .*

Recuerda que Daniel Santos cantaba hermosamente boleros y guarachas pesarasas y se dice — algunos consuelos los gastamos en canciones —. y queda pensativo, a la vez que da otro trago a su cerveza. De repente siente que alguien se detiene junto a él, alza la vista y el hombre que está allí, dice:

— Qué tal, Pedro, te vi pasar, estaba con unos amigos y vine a saludarte, yo te hacía viajando muy acompañado. Y sin esperar a que lo invite jala una silla y se sienta a su lado cargando una sonrisa que bien pudo ser de burla o de menso y prosigue: hombre, cuéntame por qué no te fuiste.

— Mira, Eduardo, la verdad es que no quiero hablar de ese asunto porque, carajo, perdí una buena oportunidad, además la muchacha me gustaba.

— Oye, por eso no me dices lo que ocurrió, somos amigos o no. Vamos a ver, tómame otra, yo invito, — mesero, dos chabelas claras—.

— Pedro contestó: pues fue a mí al que le sucedió y no lo ocultó, pero tampoco voy a echarlo a los cuatro vientos, por otra parte a nadie le importa.

— ¿Qué, lo dices por mí? —exclamó Eduardo—, algo contrariado.

No, nosotros somos amigos y por eso te voy a contar desde el principio aunque no hay nada de importancia. Tú sabes que trabajaba en el Hotel Palacio, el gerente lo cerró y cada quien por su lado. Según él porque estaba en quiebra. Es cierto que ya no iba mucha gente, tuvo su época pero hace muchos años. Pero verás, todo empezó cuando una gringa, de muy buen ver, se quejó de que los muebles estaban muy maltratados. Así que la pasé al 202 que estaba en mejores condiciones y con vista al mar. Dos días después el gerente, un viejo muy estirado que caminaba como si fuera de cartón y siempre vestía de negro y corbata de moñito, cuando llegué a ocupar mi puesto, sin más me preguntó: dígame Pedro, ¿quién está haciendo agujeros en las puertas?, usted debe saberlo ya que permanece aquí en las noches. Muy extrañado repliqué: ¿agujeros señor? no se a quién se le ocurre. Pues ya interrogué a todos los empleados —pronunció el viejo muy enojado—, y nadie sabe nada. Yo tampoco, respondí. Pues

es raro, la señorita del 202 denunció la mirilla en su puerta y se marchó indignada. Tiene usted que averiguar quién la hizo. Está bien, señor, — le contesté —, y él se alejó muy serio.

Pedro se quedó callado, le dio un largo trago a la cerveza que acaban de servirle y su acompañante hace lo mismo y luego insiste ansioso: síguele, no me dejes picado y Pedro continuó: dos días después se quejaron dos turistas que descubrieron agujeritos en su habitación. El gerente los mandó tapar con una mezcla de aserrín y pegamento y nos amenazó a todos con el despido, no sin antes endilgarnos un discurso moral. ¿Y allí terminó todo?, — interrumpió Eduardo —, No, qué va, lo peor ocurrió cuando llegó Roxana, una española de ojos verdes, caminar ondulante y muy deseable la condenada. A todos se nos iban los ojos tras ella, con decirte que hasta el gerente tan mogigato que se ufanaba de ser un hombre serio y respetuoso, empezó a galantearla.

— ¿Y tú qué?

— Bueno, al igual que los otros la contemplaba, pero tenía una ventaja. Me tomé por su confidente y me dijo que el gerente quería en que fuera a su oficina a tomar una copa con él. Los dos nos burlamos de la pretensión del viejo. Otro día me contó que el gerente insistía y luego me preguntó: ¿cómo ves, se le podrá sacar algo? Comprendí que era una lagartona y le dí por su lado, a ver si a mí me tocaba algo.

Pedro dio otro trago a su cerveza y luego continuó:

Se me olvidaba decirte que las mirillas aparecieron en la habitación de Roxana pero no se quejó, se fijaría o no, no lo sé. Mañanas y tardes salía a la playa vistiendo un bikini y con la toalla en la mano, ni siquiera sobre los hombros y ya te imaginarás. . .

Una noche al regresar ella de cenar, nos pusimos a platicar en el vestíbulo, estábamos muy entretenidos riéndonos, cuando

pasa el gerente y nos ve. Cuando nos separamos, él me llamó para echarme un reperiquete: debería usted guardar compostura, ser serio y respetuoso con los huéspedes, ¿o acaso tiene usted algo que ver con la señorita?, — no señor —, como cree, ella me llama para contarme cosas de su tierra y como es muy graciosa platicando me hace reír. Además me ha dicho que usted le agrada, que le parece muy simpático, pero le da vergüenza aceptar sus invitaciones.

— Por supuesto que lo inventaste, ¿verdad?

— Pues claro, tenía yo que defender mis intereses, y aquí viene lo bueno. Cuando le dije aquello el gerente enrojeció, dio por terminada la plática y se retiró. Pero al día siguiente me encargó la contabilidad y al oscurecer, cuando Roxana regresó de la playa y fue al mostrador a recoger su llave, allí estaba el viejo y ví que al entregársela le retuvo la mano y se quedó un rato hablando con ella. Más tarde Roxana me llamó a su habitación para contarme que había aceptado tomar la copa esa noche en su propia habitación. Ella tenía un plan y me hizo su cómplice. Desde mi escondrijo vi que al gerente llegaba al cuarto con una botella y unas flores, después de cierto tiempo, previamente calculado, abrí la puerta de la habitación llevando sábanas limpias. En el momento de cruzar el umbral ví que el viejo la tenía abrazada y trataba de besarla. Me hice el inoportuno: perdón, si interrumpí dije y me retiré enseguida. Pero alcancé a ver que al oírme el gerente soltó a Roxana quien se carcajeó de lo lindo. Al viejo no le quedó otra que aceptar su derrota de lo que le quedaba de honor, y humillado ante las risotadas de Roxana, se retiró. Yo me sentí algo mal, pobre viejo, pensé, pero luego se me olvidó cuando más tarde, Roxana y yo nos terminamos la botella de cognac, lo demás ya puedes imaginártelo. Al día siguiente el gerente ya no salió de su oficina durante el día y en la noche se iba a su casa todo oloroso a alcohol. Dos días después citó a todo el personal en el salón de recepciones, para decirnos que el hotel se cerraba por ser incosteable y que se le comunicara a los huéspedes para que desocuparan lo más pronto posible. Se lo comenté a

Roxana y me dijo — no te apures — . Tengo un pequeño hotel en Segovia y si quieres te contrato y te vas conmigo. En principio me entusiasmó la idea y acepté. Por eso te avisé que me iba; pero después, pensándolo bien, me arrepentí. ¿Qué iba a hacer lejos de mi familia y de mi tierra? Así que ni me despedí de ella para no decirle que siempre no. Me dolió perder esa oportunidad, pero creo que fue lo mejor, era arriesgado, ¿no crees?

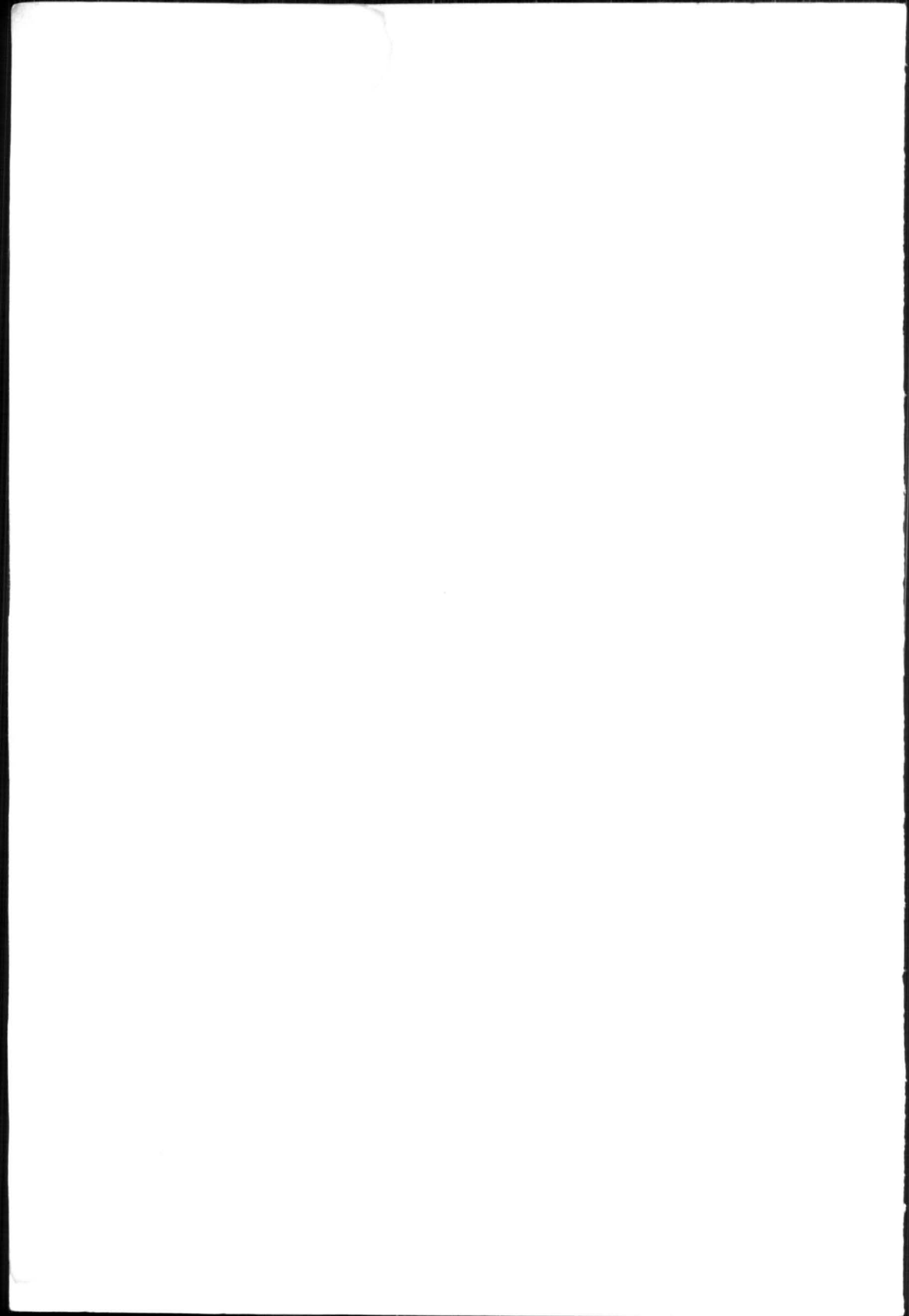
— Pues tal vez sí, pero yo no hubiera perdido esa oportunidad de conocer Europa.

— Precisamente por eso no quiero acordarme, pero ya ni modo.

— ¿Te tomas la otra? la de la despedida.

— No viejo, gracias, me espèran a comer en la casa. Hay nos vemos. . .

Pedro se dirige hacia la puerta, sale a la calle. Por un instante contempla los árboles de enfrente, con sus largas hojas chorreantes de sol. Los ruidos de la cantina se van apagando a medida que se aleja y se va pensando — Si me creyó o no me creyó, el muy pendejo metiche, no me importa. Jamás voy a contarle a nadie la verdad, si de solo pensarla me entra una rabia que. . .



Fábula

El albo Teseo penetraría osadamente al Laberinto, pero Ariadna que lo amaba, se le anticipó dispuesta a entretener al Minotauro, deleitándole las orejas con el fin de salvar a su amado. Para tal empresa, nada mejor que improvisar canciones con reminiscencias de campiña. Y empezó, desde el umbral con una melodía tan tierna como el trébol en estación florida, y tan dulce como una manzana golden recién cortada.

Al oír los acordes, pues se acompañaba con lira, el mitad hombre, alertó sus peludas orejas y, furioso, se puso a buscar al atrevido autor. Ariadna, que ya estaba dentro del Laberinto, no cesaba de improvisar motivos que pensaba podían influir en el ánimo del monstruo.

El sanguinario toro de Minos, se acercó bufando, pero Ariadna, sin inmutarse siguió con su canto, tan hermoso, que logró detener la embestida con una melodiosa revolera que llenó el aire de lozanas praderas, donde retozar libremente. Con tales reminiscencias, el Minotauro mansamente se recostó a los pies de Ariadna a escucharla y feliz, como un niño en su cuna se fue quedando dormido. Fue entonces que el valiente Teseo le dio la puntilla y pudo salir ileso con Ariadna.

Hay quien afirma que fue la bola de hilo que, siguiendo el consejo de Dédalo se la dio a Ariadna quien se la pasó a Teseo, la que le ayudó a salir del Laberinto sano y salvo. Quizá, pero lo que no hay duda es que Ariadna le ató un hilo a Teseo en el anular para que no olvidara la promesa de matrimonio que le hiciera.

Pues bien, los enamorados se embarcaron rumbo a Atenas, pero en el trayecto, Ariadna, la de hermosos cabellos, se mareó tanto que el rubio Teseo tuvo que desembarcarla en la playa de Naxos. Fue allí donde Teseo pudo al fin, arrancar el hilo de su dedo.

Isla y dinosaurio

En medio de la conmoción del mar, surgió una isla en cuyo centro se alzaba una montaña azul. Allí la luz caía y reventaba en iluminaciones, irisando el agua que se deslizaba por ocultas corrientes derramándose en cascadas. El mar se extasiaba contemplando aquella maravillosa isla y, mansamente, acariciaba su playa dorada.

En su planicie verde habitaron dinosaurios recorriéndola con sus pasos pesados, sin prisa y en tiempo de su tiempo. Siempre vigilantes estiraban su desmesurado cuello para lamer luceros derramados en la copa de los árboles que se mecían al leve impulso del viento.

Un día, la noche intemporal se aposentó en la isla y el sol ya no incubó los huevos de los grandes reptiles que galopaban a ochenta kilómetros por hora y, poco a poco se fueron extinguiendo. La isla ya no lanzaba reflejos y el mar la fue olvidando.

En vano el último dinosaurio amontonaba luciérnagas en las rocas ancestrales, temeroso de aquel color de nada. Sus láminas dérmicas se cubrieron de espesa niebla y, entristecido, lanzaba tremendos resoplidos que iban a estrellarse en farallones. Su largo cuello parecía asfixiarlo de tanto andar de un lado para otro sin encontrar el agua irisada para apagar su sed.

¿Cuánto tiempo pasó? Quien sabe. Pero un día la luz bajó de nuevo a la montaña y el espejo plomizo del mar volvió a iluminarse, reventando en la playa su rosa de espuma. Y allí, en el lu-

gar de las arenas, pudo verse al dinosaurio, ya sin carne. Las aguas transparentes, con su movimiento ondulante, lavaban la osamenta de una blancura espejeante y la movían en un extraño arrullo. De pronto, como si sus huesos testimoniaran algo, empezaron a cubrirse de pequeñas corolas rojas, de donde surgió una pululación de pequeños soplos, como ayes. Su eco, el mar lo hizo suyo y la montaña se fue hundiendo y de la isla sólo quedó un acorde de espuma.

Rostros distantes

Estás allí, en la butaca donde sueles hundirte a respirar el aire que odorizas con tabaco. Asistido por muletas cotidianas, disfrutas el espacio al que te has reducido. Oquedad necesaria para contener tu forma saturada de fugas.

Desde tu frente una tempestad. Ha muchos años que el corazón se te quedó en destierro. Presencia sin oleajes, pozo en cuyo fondo yace la niña danzarina de velos y de vuelos.

¿Recuerdas? En la puerta del sueño una muchacha te esperaba; sus labios uvas, floración del vino recogida por la sed de las venas, pero entonces eras tú, con vasijas de añil para teñir los campos y era tu agua inundando llanuras, acrecentando el río. Eras tú donde un pueblo, una calle bañada por el sol. Eras tú y la muchacha aquella, de largas trenzas derramadas en sus senos. Tú, frente al cristal que revelaba el latir de un corazón de hombre: tú cuando tu cuerpo era una verdad de dos.

Cuántas cosas ausentes, fantasmas de tí mismo. Huyeron ya las mariposas y el espejo cuelga atornillado en isla solitaria.

Nada hay que te descubra, del mar su movedizo cabrilleo de olas o temblor de su piel, mucho menos las corrientes subterráneas. No sabes mas que reparar vías y las contemplas con ojos de viajero que llega con retardo a la estación. Pues no se por qué razones siempre fuiste aplazando viajes.

No hay sonido para nosotros en el gong de la antigua mora-

da. El pasado se graniza y no hay, palabras actos que se puedan rescatar del estertor final de las pasiones. Inútilmente el esqueleto del amor busca un jirón de ternura. Sin embargo, estoy aquí, a tu lado mirándote, contándome la historia por fidelidad a un pretérito. Lo que antes fuera vida, amor, se ha transformado en otro extrañamente rencoroso, desintegrado del mundo. Perdimos el reino, nuestro reino.

Ni mil nuevos encuentros, ni ejerciendo todos los sentidos, podrán llenar el alma. Atrás quedó el amor, desperdigado en el trayecto. Nadie, ni tú sabías a qué lugar los pasos lo empujaban, y me duele y me estremece, este permanecer ausentes, desligados de un pasado sin futuro.

Quién fue el culpable, ¿tú o yo? No importa ahora, cuando ya sólo es un largo adiós lo que nos une. La soledad afianza sus raíces en un lecho de sombras que dan fe de dos rostros distantes.

Hacia la montaña

A Luis Chessal, en el cincuentenario
de *Letras Potosinas*

Salí de casa llevando una botánica oxidada. Comencé a partir desde los ojos, desde el fúnebre gris de la espectral ceniza que arrastraba un sol muerto. Yo iba con dirección a la montaña, ansioso de alcanzar nuevas formas de vida para dar matiz a una velluda y ancha hoja, o a una porosa flor.

Caminé o creí caminar por el valle, desde allí me gustaba mirar la montaña cuyo contorno desaparecía entre las sombras. El campo estaba inmóvil de silencio, ni un eco atravesaba las temblorosas capas de aire. Mis ojos tan sólo percibían montones oscuros, como dunas ondeando en el desierto.

Decidí sentarme en medio de la soledad y de la noche y allí permanecí con mi botánica bajo el brazo. Los tallos espinudos me pinchaban haciendo saltar dolorosos pensamientos. Recuerdos e ideas buscaban el orden que me diese claridad necesaria porque, desde que comencé a interesarme por las hierbas, todo se me puso confuso y con frecuencia me perdía en conjeturas tratando de sentir la vida desde donde surge incomprensible y fecunda. Al ponerme en contacto con la hierba sentí que cada brizna de vida está armoniosamente dispuesta para su función de crecer y frutecer. Pero, ¿para qué? Esta pregunta me inquietaba y me dirijí a la montaña con la certeza de un hallazgo que me diera respuesta. Pero la noche me achicó el tiempo. Tendría que esperar el alba. Pensando en todo eso me quedé dormido.

¿Cuánto tiempo? No lo sé. Lo cierto es que vi los dedos de la luna levantar la cortina de sombras y sentí la emoción del asombro ante el inmenso prado iluminado por su flora, celeste.

La montaña era ahora como una pirámide de luz cuyo fulgor se proyectaba en el río donde el agua es sólo sonido, ritmo, pausa y respiro y en cuyas orillas los árboles se empinan a dialogar con estrellas.

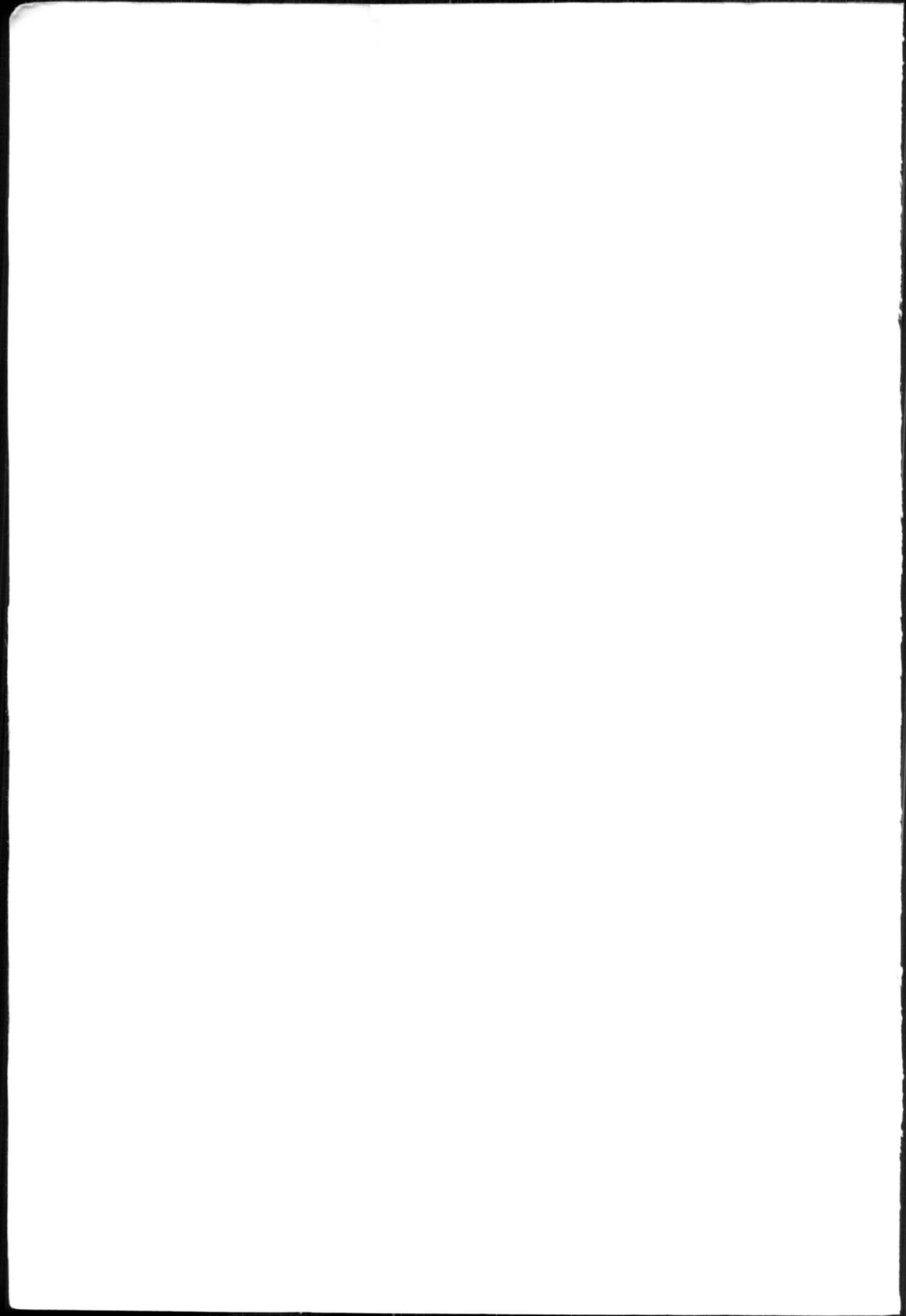
En aquel paisaje de maravilla, mi ser, enriquecido por la rútila luz. Es huésped encendido que prueba a escalar la montaña. Qué importan cincuenta pasos o cincuenta años. Ella es vida y misterio en deleitosa sensación de trino. Ni alevos vientos, ni cansancio, limitan al corazón amante y andariego.

Ahora sé que la montaña se escala en plenitud de vuelo, afán crecido en vibración de nuestras preguntas. Voz de rumbos de horas de instantes que llegan a respuestas. Y el alma insiste y el cuerpo viaja con pasos que requieren el esfuerzo impelido por una fuerza incontrollable, en ligazón del tiempo, con los hombres, con las cosas.

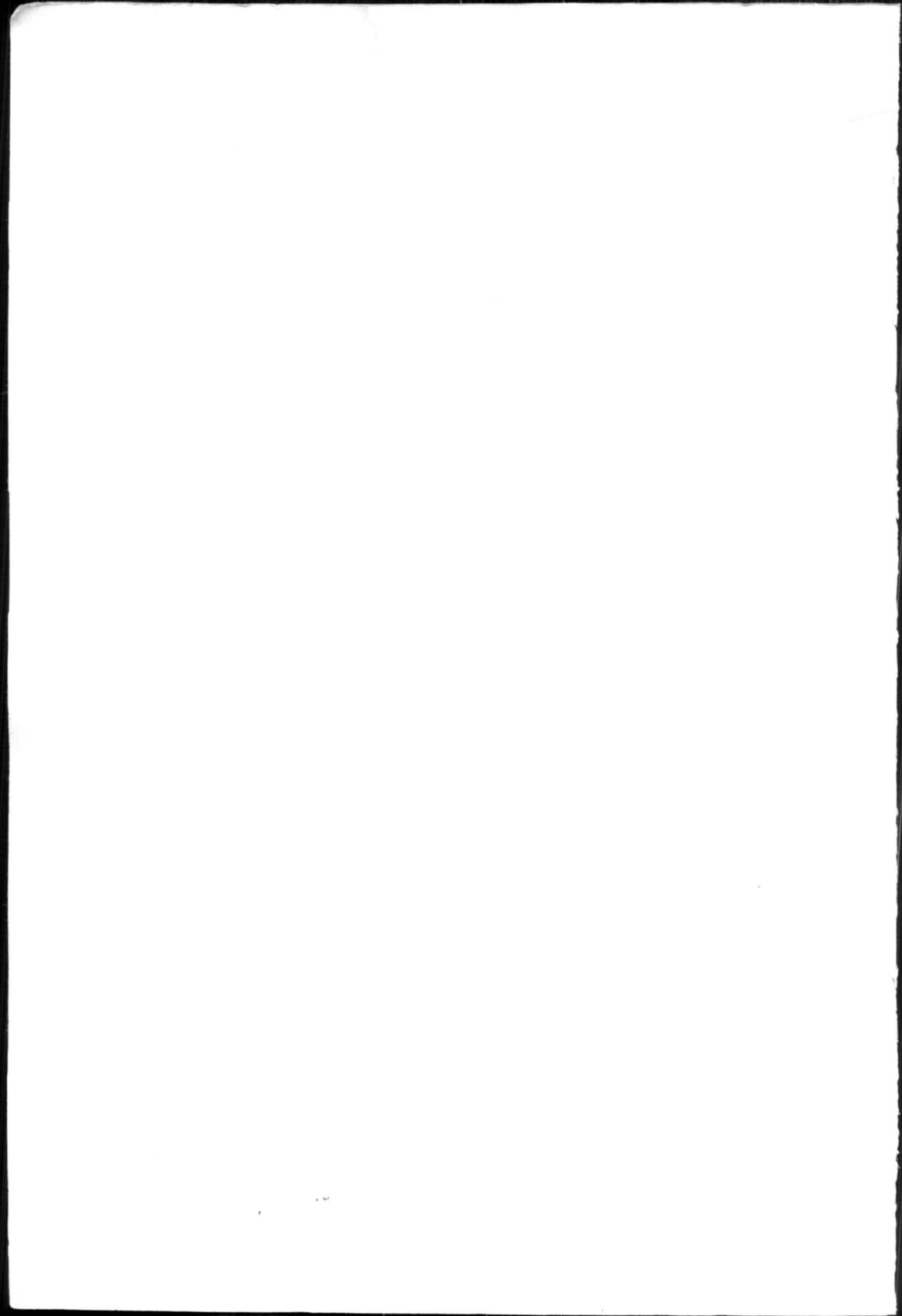
Recojo pues mi herbario y sigo hasta encontrar la flor abierta al sol.

INDICE

El angelito	5
Gaviota	11
La noche ya era de día	17
Caballo de niebla	23
Sin respuesta	27
No te olvidaré	31
La cueva	35
Sorpresa en navidad	41
Aguedita	45
Cada domingo	49
De ida y vuelta	51
Hotel Palacio	53
Fábula	59
Isla y dinosaurio	61
Rostros distantes	63
Hacia la montaña	65



EL SEÑOR LIC. ALFONSO LASTRAS RAMÍREZ,
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ, ORDENÓ LA IMPRE-
SIÓN DE ESTE LIBRO A LA EDITORIAL UNI-
VERSITARIA POTOSINA. LA EDICIÓN ESTU-
VO AL CUIDADO DEL AUTOR Y DE JOSÉ DE JE-
SÚS RIVERA ESPINOSA, FUE CONCLUIDA EL
16 DE OCTUBRE DE 1992 Y CONSTA DE 500
EJEMPLARES.



ALACENA DE CUENTOS

El angelito
Gaviota

Caballo de niebla
La noche ya era de día

No te olvidaré
Sin respuesta

La cueva

Aguedita
Fábula
Isla y dinosaurio
Cada domingo
Sorpresa en navidad

De ida y vuelta

Hotel Palacio

Rostros distantes

Hacia la montaña

JUANA MELENDEZ

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

1992

La presencia como poeta, maestra de talleres literarios y ensayista de Juana Meléndez, en el ámbito de las letras estatales y nacionales, es conocida desde la aparición de su primer libro de poemas, Río sin orillas, en 1954; treinta y ocho años después aparece éste, su primer volumen de cuentos, Alacena.

Se ha comprobado que para una mejor comprensión de los escritos en verso de un poeta —Baudelaire, Rilke, López Velarde, Paz— resultan esenciales la existencia y el conocimiento de sus trabajos en prosa; una ausencia en Juana Meléndez que queda anulada con la aparición de este libro.

Alacena reúne dieciseis narraciones donde se mezclan diversos temas con un origen y un fin claramente delimitados: el humor, la ironía y la poesía, que hablan de situaciones de la vida cotidiana en las dos facetas principales que conforman a ésta: la realidad y la imaginación, que provocan el nacimiento de una realidad imaginaria y de una imaginaria realidad; ambas, lugares del poeta, sitios que Juana Meléndez hace de su propiedad.

Para Roland Barthes, un escritor es quien batalla con las palabras, con el lenguaje y con la escritura; fruto de una larga gestación, los relatos de Alacena son la mejor prueba de que en Juana Meléndez se tiene a toda una escritora, a una poeta.

Alvaro Alvarez Delgado



Editorial
Universitaria
Potosina



FLB2920